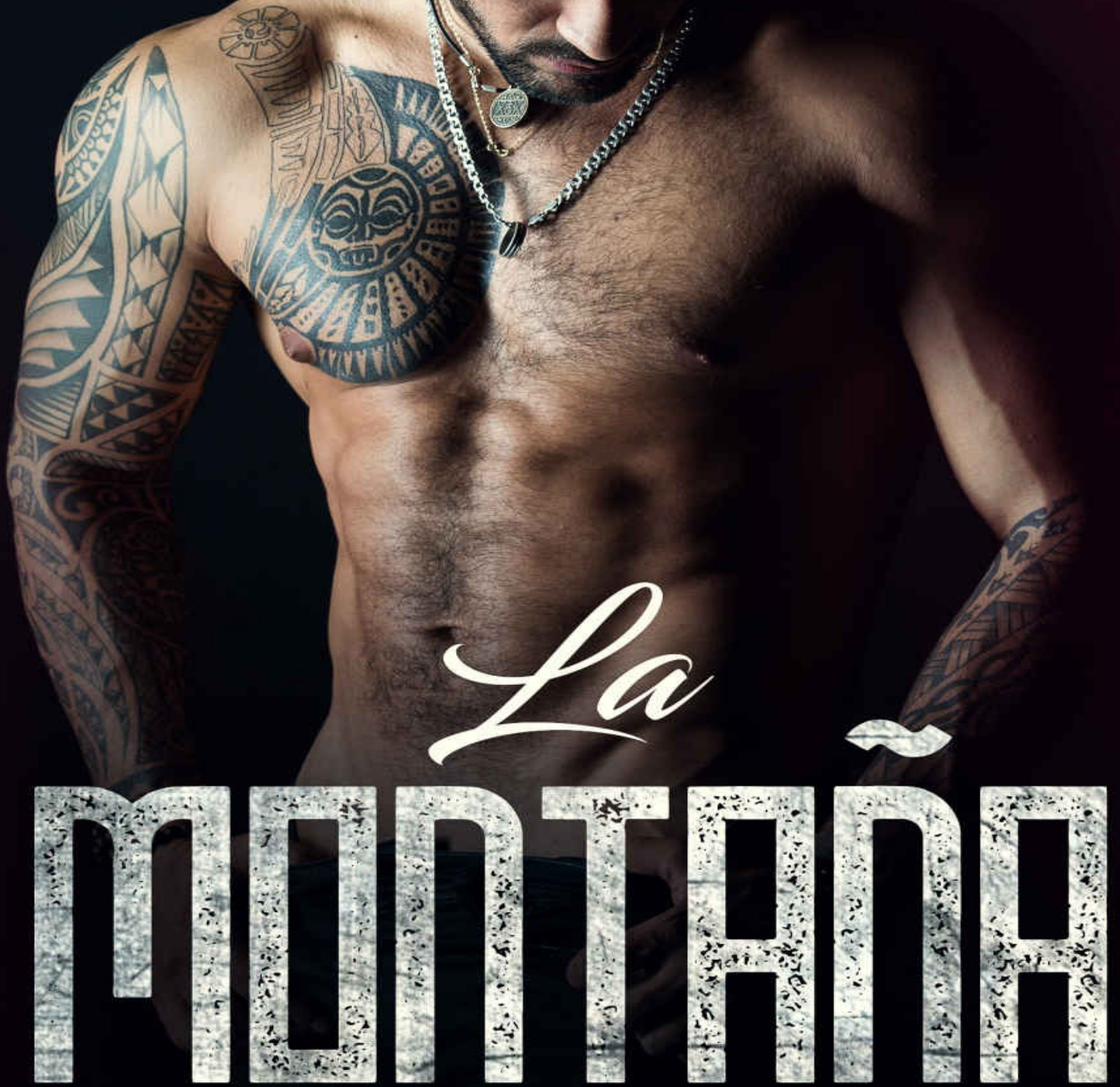


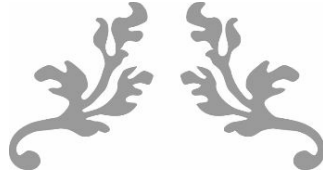
JORGE BORGES



La

MONTAÑA

BOXEADOR, MAFIOSO Y AMANTE



LA MONTAÑA

Boxeador, Mafioso y Amante



Por **Jorge Borges**

© Jorge Borges 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Jorge Borges.

Primera Edición.

Dedicado a Carmen, Alberto, Nacho, Daniel y René

*Mi regalo **GRATIS** por tu interés;*

--> **[Haz click Aquí](#)** <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> **www.extasiseditorial.com/amazon** <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

Tiempos añorados

El público estaba listo para la pelea más importante de todos los tiempos. La algarabía era impresionante, los medios de comunicación transmitían sus previas y las cámaras apuntaban al cuadrilátero. El aforo era total, las entradas se habían vendido con varios meses de anticipación y la hora de la campanada inicial estaba acercándose cada vez más.

Nunca antes en la historia se habían vendido tantas entradas, la publicidad fue la más grande conocida y los souvenirs llenaban los asientos, pero, el premio mayor sería ver en acción a los dos mejores pugilistas del mundo hasta el último round.

Las apuestas estaban divididas, significando esto millones que estarían repartiéndose, nadie sabía lo que pasaría realmente durante y después del combate, pero, todos estaban seguros que la batalla sería hasta el final, nadie esperaba menos que un K.O.

Dentro, los boxeadores se preparaban para dar el todo por el todo. El ruido de los aficionados durante las peleas preparatorias era estruendoso, los televidentes esperaban con ansias la transmisión y todos tenían que ver con el espectáculo que estaba por darse.

Roberto Montana estaba en su mejor momento, venía invicto de todas sus peleas y por primera vez estaba en la disputa del título mundial, era lo único que le faltaba por conseguir a nivel profesional, su mente y su cuerpo estaban preparados para lo que le venía en pocos minutos.

Su contendiente era un hombre de Europa del norte, con todas las características de no tener ni la más mínima pizca de compasión. Golpeaba como un tanque de guerra, nadie lo había podido derribar jamás y tenía mucha más experiencia que Roberto. La pelea sería sin treguas, solo uno podría quedarse con el trofeo del mejor del mundo, el mayor boxeador que exista.

El público en su mayoría estaba con Roberto que además de ser un muy buen deportista, era una persona que sabía ganarse a la gente, con una sonrisa sincera y sin hablar mal de sus contendientes, siempre estaba dispuesto a dar una entrevista, a firmar un autógrafo o a tomarse una foto con un niño en la

calle, nada de eso era mucho trabajo para él, era algo que realmente disfrutaba.

Existía una conexión sentimental, por así catalogarlo, con el hombre que más allá de estar idolatrado por todos, era una persona muy sencilla y corriente, eso lo había demostrado a lo largo de su carrera, desde siempre le dio a entender al público que lo seguía que su verdadera fuerza que lo empujaba a seguir adelante era la pasión y las ganas de ser cada vez una mejor persona.

Se escuchó la campana afuera y eso daba fin a la última pelea previa para preparar todo para el evento principal, los dos contendientes escuchaban los últimos detalles dictados por sus entrenadores y el nivel de concentración estaba al máximo, cada uno de ellos sabía lo que estaba en juego esa noche, incluso, sus carreras dependerían de lo que allí sucediera.

Roberto se arrodilló y entonces comenzó a orar. Siempre pedía salir ileso de cada una de sus peleas y que no hiciera daño a su oponente, no era un hombre muy religioso, pero, había aprendido a orar desde pequeño con su madre y era algo que le quedó para siempre, le había funcionado, así que lo mantuvo. Se sentía bien haciéndolo.

La tensión comenzaba a ser parte del ambiente y todos aprovechaban los momentos previos para ir al baño o hacer cualquier otra cosa, no querían perderse nada de lo que pasaría durante la épica batalla.

Por fin después de unos largos minutos de espera el maestro de ceremonias alzó su potente voz por encima de todas las demás que envolvían el ambiente. Todos dejaron de hablar y se concentraron en lo que decía el hombre, eso era el inicio del evento más importante en la historia del boxeo que ahora estaba a la vuelta de la esquina.

Quienes no habían podido asistir estaban sentados a la orilla de sus asientos, pendientes de sus televisores y excitados por lo que estaba por pasar. Las casas, los bares, los locales deportivos y cualquier sitio que se prestara para la ocasión, se habían convertido en el centro de encuentro de todos.

El primero en salir era Montana, o Montaña como lo llamaban sus amigos y seguidores.

El hombre estaba lanzando unos golpes al aire para mantenerse activo y movía sus piernas con rapidez, se mantenía justo a la salida esperando a escuchar su nombre, su entrenador le gritaba algunas cosas antes de salir, pero, la verdad

es que él estaba muy concentrado en todo lo que iba a hacer que ni siquiera escuchaba lo que le decía el hombre.

Su mente estaba metida de lleno en el cuadrilátero, inconscientemente comenzó a salir después de que lo anunciaran. El público se emocionó y le aplaudía sin parar, el camino hasta el cuadrilátero se hizo muy largo, pero, eso era simplemente parte de todo lo que estaba viviendo.

Roberto solo miraba a suelo y movía sus brazos para mantener la sangre fluyendo y además para drenar todos los nervios, estaba tratando de bloquear todo lo que había a su alrededor, necesitaba sacar todas las cosas malas de su mente y de su cuerpo, no podía pensar en nada más. Escuchaba su respiración, escuchaba su corazón y escuchaba su mente.

Subió al ring y entonces se acercó a su entrenador quien le quitó la bata y seguía hablándole con fuerza, golpeaba sus hombros buscando la atención de su muchacho, pero, este solo asentía con la cabeza todo lo que este le decía, Roberto solo necesitaba que eso comenzara para hacer lo mejor que sabía hacer.

De pronto todas las luces se apagaron. Era parte del show de entrada de su contrincante y algunos abucheos se dejaron colar entre los asistentes.

El hombre de unos dos metros de alto y con una musculatura impresionante salió sin bata y gritando al público, un público que realmente no lo quería mucho que digamos. El hombre se golpeaba en el pecho y se podía leer en sus labios la expresión: soy el mejor.

Su entrenador, detrás de él con paso elegante y lento. Su rostro reflejaba insolencia y una seguridad demasiado exagerada.

Se acercaba a la gente y le daba besos con ironía, él sabía que lo odiaban, pues su manera de ser no era la mejor para todos, era arrogante, egocentrista y además muy soberbio. Entonces los fanáticos respondieron coreando el nombre de Roberto, una y otra vez, era ensordecedor.

Ya en el cuadrilátero y se le acercó a Roberto mirándolo directamente a los ojos, lo que provocó que ambos equipos técnicos se subieran en la lona haciendo una pared entre los boxeadores para que las cosas no se dieran fuera del tiempo reglamentario.

— ¡Te voy a aplastar como a una cucaracha, Montana! ¡No eres nada!

Escupió a un lado.

Roberto lo miró sin ningún tipo de expresión, sabía exactamente que el hombre solo quería sacarlo de concentración e intimidarlo, algo que trataba de hacer con cada uno de los contendientes a los que enfrentaba. Ya conocían la manera en que hacía las cosas no era nada nuevo.

Pero, estaba vez no podría hacer lo mismo con Roberto que era un hombre que estaba acostumbrado a luchar con sus demonios internos que le decían y hacían cosas mucho peores, él era su propio enemigo, pero, cuando lo alejaba de su mente y su cuerpo las cosas cambiaban completamente.

Terminó la ceremonia previa y todo estaba listo. La gente estaba emocionada, los peleadores recibían las últimas palabras de sus entrenadores y la adrenalina estaba en su tope máximo. Todos los elementos estaban combinados para que esa noche fuera inolvidable, para que quedara marcada en la mente de los espectadores y amantes del deporte.

La campana sonó y entonces los pugilistas fueron al centro del cuadrilátero. La realidad que estaban viviendo era increíble, iba más allá de cualquier otra cosa que hayan podido experimentar.

Los primeros segundos fueron de reconocimiento, dieron algunas vueltas y lanzaron algunos golpes que realmente no llegaban a ningún lado, ellos estaban empezando a recordar todos los planes de ataque que había planeado, pero, rápidamente las cosas cambiaron cuando el europeo arremetió velozmente a Roberto con unos cuantos puñetazos de los cuales dos terminaron impactando en el rostro del boxeador con bastante fuerza.

Roberto supo cómo sacárselo de encima, pero, realmente todo el ataque fue muy sorpresivo, le hizo perder el equilibrio y además lo golpes lo sacaron un poco de concentración, realmente tenía una muy buena técnica para golpear.

El primer asalto quedó más tranquilo en los últimos segundos con algunos intentos de ataque de ambos boxeadores, pero, todos terminaban en los guantes del oponente. La campana sonó, pero, todavía estaba en el ambiente el buen sabor de boca que dejó el ataque del gran hombre del viejo continente.

Una hermosa chica en bikini se paseaba por el cuadrilátero y alzaba un gran cartel con un número 2 pintado anunciando el próximo asalto.

Los dos boxeadores volvieron al centro ahora con un poco menos de tensión y

ya sabiendo más de su contendiente, Roberto iría con mucho más cuidado ante su adversario, debía mover más las piernas para confundirlo y poder atacar con potencia, esa era su mayor virtud.

El intercambio de golpes era más intenso ahora y las cosas comenzaban a tomar calor, el público enloquecía y de pronto Roberto vio como la defensa de su contrincante estaba abajo por solo un segundo y lo aprovechó al máximo. Su golpe dio directo en el rostro del extranjero, eso le otorgó la ventaja para poder atacar de nuevo.

Un gancho de izquierda sentó justo en el mentón y luego con la derecha pudo acertar también en el rostro, fueron después tres o cuatro golpes más, una ráfaga que ni el mismo boxeador esperaba, algo que tomó por sorpresa a todos.

Roberto se le fue encima de nuevo cuando vio que su oponente dio dos o tres pasos atrás, estaba desequilibrado, fuera de sí, debía aprovechar el momento para hacer todo el daño posible y podría terminar con todo eso.

Por su mente pasaban mil cosas, pero, ahora solo se enfocaba en derribarlo. Debía hacerlo antes que recobrara las fuerzas, sabía a quién se estaba enfrentando y era un boxeador que se hacía mejor con el paso de los rounds.

Pero, justo cuando se le encimaba de nuevo la campana sonó y Roberto tuvo que retroceder de inmediato. Echó una ojeada al hombre y notó que tenía el pómulo derecho un poco inflamado, era ese el punto al que debía atacar con más puntualidad.

Roberto tenía el nivel de adrenalina al máximo y entonces no dejaba de mirar al europeo, él era el objetivo, era al que debía derrotar y ya sabía cuál era su punto débil, se defensa era una poco mala al momento de asestarle el primer golpe. Debía conectar con más fuerza.

Rápidamente estaban de nuevo en acción, el hombre vino con más fuerza quizá con su ego herido y entonces arremetió sin pensar casi, solo lanzaba golpes a diestra y siniestra, estaba como perdido, no era el mismo boxeador de los primeros dos asaltos, era el momento para hacerlo cansarse, para que solo pensara en buscar puntos desesperadamente.

Pero, de igual manera Roberto no consiguió llegarle con facilidad y entonces con cada round que pasaba las cosas se ponían más difíciles, terminaban abrazados y el referee los separaba dándole las indicaciones al respecto,

recordándoles que no era lo que debían hacer, pero, los hombres ya estaban bastante cansados.

A la altura del séptimo round un intercambio de golpes levantó al público de sus asientos y entonces hizo que las personas se volvieran locas. Ambos peleadores recibieron contundentes golpes que se hicieron más notorios en el siguiente asalto cuando la hinchazón se hizo más evidente, pero, el europeo ya tenía la ceja derecha rota.

Roberto estaba muy cansado y ya le costaba un poco mantener arriba la guardia, los últimos rounds había estado llenos de mucha actividad y la verdad es que faltando dos, nada estaba claro, ambos boxeadores lo sabían y debían dar su resto, buscar punto o quizá un K.O.

Sonó la campana del décimo primer episodio y todo terminó con el primer golpe que se lanzó tres segundos después.

Todo se puso negro y las luces se apagaron completamente en la cabeza de Roberto quien cayó al ring inconsciente. Parecía que estuviera soñando, y unos instantes más tarde escuchaba en la lejanía una cuenta, su cerebro le lanzaba una señal diciéndole que debía levantarse lo antes posible, pero, sus extremidades no se movían.

La cuenta llegó a 10 y el público saltó de sus asientos, unos decepcionados y algunos pocos aplaudían felices.

El europeo se subió en las cuerdas de una de las esquinas con sus brazos elevados, celebrando la victoria, no había dudas de eso, era el nuevo campeón mundial.

Roberto ahora veía y escuchaba las cosas con más claridad, pero, de igual manera seguía sin poder moverse, sintió cuando lo voltearon y pusieron una linterna en los ojos, el boxeador estaba tratando de reaccionar, pero, todo se hizo confuso en adelante.

Escuchaba la voz de su entrenador y lo movían de alguna manera, todo delante de él eran luces y rostros extraños.

Nada podía hacerlo reaccionar y entonces le comenzó a faltar el aire, sentía como sus pulmones no reaccionaban y en ese momento se dio cuenta que estaba en una sala de urgencias, estaba teniendo un paro respiratorio, la colocaron una mascarilla y entonces sintió como si comenzara a caer en el

vacío.

Roberto despertó en su cama a las 4:34 a.m. Sudaba como nunca antes y tenía el pijama empapada, así como la almohada.

Todo había sido un sueño, o una pesadilla quizá. El hombre tenía el corazón completamente acelerado y no podía creer todo lo que había pasado por su mente mientras dormía.

Se sentó en la cama y entonces tomó un poco de agua que tenía sobre su mesa de noche al lado de la cama. Eso lo refrescó un poco, pero, entonces decidió levantarse, sabía que ya a esas alturas de la noche ya no podría conciliar el sueño.

Era la segunda vez en esa semana que le pasaba algo similar y no podía sacarse de la mente todo eso, era como si su pasado lo fuese a perseguir para siempre, como si estuviese pagando algo.

El gran Roberto me metió a darse una ducha para despejar su mente y tratar de tranquilizarse. Se quedó pensando en eso que dicen algunos: que, si mueres en un sueño, mueres en la vida real. Era algo un poco difícil de creer, pero, la sensación seguía siendo muy extraña.

Se quedó bajo la ducha durante un largo rato, tanto que la alarma que siempre lo despertaba a las 5:30 a.m. a diario comenzó a sonar afuera, Roberto seguía un poco aturdido, pero, entonces salió a apagarla para comenzar con su rutina, la verdadera rutina que tenía ahora.

II

El comienzo de una nueva batalla

África es una mujer hermosa con un porte increíble, pero, con una personalidad bastante tímida. Su cuerpo es el sueño de cada uno de los hombres que la conocen, es una diosa de piel canela, con cabello ensortijado y con curvas indescritibles.

Sus senos son un pecado andante, una fuente de deseo que nadie puede pasar por alto. Son enormes y quedan en especial evidencia delante de su pequeña y bien tonificada cintura. Ella no tiene ni un centímetro de desperdicio y todo se combina con una mirada penetrante, llena de seducción mejorada con el verde de sus ojos, África era perfecta.

Como toda chica de su edad, tenía metas, sueños, esperanzas, necesidades, pero, tenía encima demasiadas responsabilidades. Sus tutores legales habían muerto hace poco tiempo y ella se quedó con la responsabilidad de cuidar, proteger y velar por la más pequeña de la casa, una bebé de tan solo nueve meses de edad. Alondra.

Ella era la hija de sus tutores quienes sufrieron un accidente en el transporte donde se trasladaban del trabajo a su casa. Todos lo que iban murieron, fue una catástrofe para su pueblo y en especial para ella que ahora veía como todos sus sueños se les escapaban hasta lo más lejos, inalcanzables, quizá.

Después de asistir a los actos del funeral y entierro de sus tutores, legalmente que daba ella como la encargada de la pequeña niña, algo que no era fácil para ella, todo esto le llegó de pronto y no sabía cómo reaccionar ante tal responsabilidad. Sus amigos y vecinos cercanos le brindaron la ayuda necesaria por lo primero días, pero, la verdad es que ella se estaba quedando sin dinero.

Era un dilema saber cuál era el siguiente paso, pues no estaba preparada para tantas cosas, los gastos de Alondra se hacían cada vez más costosos y no tenía la manera de costearlos si no salía a trabajar, no era algo que le molestara, pues siempre había estado pendiente de aportar algo a la familia con algún trabajo esporádico que encontraba, pero, ahora las cosas serían diferentes, ella debía encontrar un empleo a tiempo completo para poder cargar con todo lo que ahora debía hacer. Lo más importante para África era tener a la niña

con todas las cosas que necesitara, empezando por sus alimentos, ella no quería dejarla o ponerla en adopción.

Pero, tampoco podía ir a trabajar con ella.

Pero, las cosas y las personas llegan en el momento justo de la vida y una noche cuando todo parecía estar oscuro en el firmamento, apareció una vecina y entonces se convirtió en un rayo de luz al final del túnel.

— ¿Cómo has estado, África?

— Pues, tratando de sobrellevar todo esto.

— Te entiendo, Debe ser duro y es por eso que estoy aquí.

África la miró con atención.

— Sabes que todos los que te rodeamos estamos en la misma situación económica que tú, no es fácil para nosotros darte el dinero que necesitas por más que queramos hacerlo, pero, sabes cómo es todo.

— Han hecho ya demasiado por Alondra y por mí, algo que de verdad le agradeceré en el alma. Nunca he querido ser un peso para quienes me rodean.

— De eso estoy segura, África. Pero, sé que debes salir a trabajar y con la bebé tan pequeña se te hará muy complicado. Yo tengo a mis hijos en casa, pero, ellos ya no necesitan tanta atención, pues están más grandes.

La mujer se acomodó en el sofá y se le acercó a África.

— Yo puedo ayudarte a cuidar a la niña, no sería ninguna molestia.

— ¿En serio podrías hacerlo?

— Es la única forma en que podría ayudarte y si no lo hago me lo recriminaría a mí misma durante toda mi vida.

África se sintió bendecida por tener cerca a personas como su vecina. Sonrió, pero, al mismo tiempo comenzó a llorar, era la primera vez que lo hacía desde que se enteró de la trágica muerte de sus tutores.

La chica lloraba sin parar en el hombro de su vecina, que ahora se había hecho su amiga. Los sentimientos de África salían sin parar, sentía como todas y cada una de las cosas que tenía por dentro convergían para dar paso a todas las lágrimas contenidas. Su corazón estaba desgarrado, ella estaba sin salida y necesitaba un respiro para poder pensar las cosas de la manera correcta, para

buscar soluciones, pero, más que nada un empleo que le diera la base para poder mantenerse a ella misma y a su pequeña hermana. Ella la consideraba eso, su hermana.

Después de conversar durante un rato, la vecina se fue y quedaron en que a partir del día siguiente se la dejaría en las mañanas antes de salir a buscar trabajo. Eso era más que una ayuda.

Esa noche durmió por partes, pues ella no sabía a dónde ir primero, África carecía de cualquier tipo de experiencia previa en un trabajo, así que no tenía ni idea en que era buena o que podía realizar de la manera correcta.

Sus pensamientos se basaban en su pequeña hermanita, ella sabía que sus padres la habían tratado como parte de su familia desde el primer día que llegó a la casa con tan solo 6 años de edad, le dieron todo lo que estuvo a su alcance y a pesar de no vivir con lujos, África siempre tuvo todo lo que necesitó.

Después de mucho pensarlo se levantó con la mejor de las energías, preparó una pequeña maleta para la niña, algo de comida y entonces se la llevó a su amiga y vecina a la hora que habían quedado. África se iba tranquila sabiendo que la niña estaba con personas responsables y que además le tenían un gran cariño, así que mientras estuviera buscando empleo sólo se concentraría en eso.

Para África las calles eran diferentes ahora, los establecimientos eran oportunidades de trabajo, pero, la suerte no estaba de su lado. No paró ni un instante y siguió en su búsqueda hasta que, en un lugar, al que nunca debió entrar, consiguió algo parecido a lo que buscaba.

La persona encargada de ese sitio supo que la chica era lo que necesitaba desde el momento en que entró por la puerta, el problema es que ella estaba buscando otra cosa muy diferente y además de eso pudo observar la inocencia que tenía en sus ojos.

— Hola, quería saber si estaban buscando alguna empleada. Puedo atender las mesas si así lo necesita.

— Hola, jovencita. Pues, la verdad es que estás de suerte.

El hombre la miraba extraño, pero, ella dejó pasar eso por alto.

— ¿Ah, ¿sí? Pues, dígame en qué puedo ayudar.

Él trataba de disimular, pero, su mirada estaba atraída por el cuerpo de la chica. Lo miraba cada vez que podía, la verdad es que estaba viendo en ella una mina de oro.

— Pero, no es aquí. Tengo otro negocio en la avenida 8 donde necesito a una nueva empleada para que precisamente atienda las mesas o la barra.

— Perfecto, si me da la oportunidad podrá ver que soy muy buena.

África no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pero, necesitaba convencer a ese hombre de que le diera ese empleo.

— Sé que sí. El horario de trabajo es desde las ocho de la noche hasta que haya clientes en el local, pero, la paga es bastante buena además de las propinas que puedas recibir.

Para África sería bastante complicado llegar hasta ahí por el problema del transporte, pues era bastante lejos de casa, pero, era la única oportunidad que tenía, no podía rechazarla, además podía hacerlo durante al menos una semana y probar cómo le iba.

Lo pensó durante unos segundos y entonces estrechó la mano del hombre, no sabía en lo que realmente se estaba metiendo, pero, la necesidad la arrastró a todo eso.

— ¿Cuándo puedo hacer mi prueba?

Si es por mí te dejaría aquí desde ya.

Como me gustaría perderme en esos pechos.

— ¿Puedes venir esta noche?

— Claro que sí. A primera hora estaré aquí, señor...

— Mike, llámame simplemente, Mike.

— Perfecto, Mike. Hasta la noche.

El hombre le miró el trasero hasta que salió del local, la verdad es que era la chica más hermosa que jamás hubiera visto y no conforme con eso le generó una especie de intuición, pensó que llevándola poco a poco podría hacerla hacer lo que quisiera o quizá si las cosas iban bien, podría hacerla su mujer y eso sería mucho mejor.

De igual forma, lo que pasara, sería bueno para él.

África volvió e inmediato a casa con la buena noticia de al menos haber encontrado la oportunidad de hacer una prueba. Servir mesas no sería un trabajo muy difícil, solo tendría que ser amable y estar pendiente de lo que los clientes deseen, dar una sonrisa y ser muy rápida para no dejarlos esperando nunca.

Así lo veía ella.

Cuando iba llegando a casa se le vino a la mente algo que no tomó en cuenta y se detuvo justo en la calle donde vivía. Había quedado con su vecina en que le cuidaría la niña durante el día. Quizá la emoción no la dejó pensar en eso en el momento en que Mike le habló del horario, pero, ella debió pensarlo enseguida, la principal razón por la que estaba buscando el trabajo era su hermanita y la olvida en los momentos importantes.

Entonces siguió su camino, pero, esta vez un poco decepcionada por que quizá ahora perdería la oportunidad. Todo dependía de lo que le dijera la vecina.

— Hola, África llegas temprano.

— Sí, conseguí una oportunidad para hacer una prueba.

— ¡Vaya, eso es excelente! Aunque a ti no te veo muy emocionada.

— Es que esa prueba es esta noche y no quisiera molestarte más con Alondra.

— África, no te preocupes por eso. Debes ir y hacer lo que debas hacer, recuerda que esta niña depende de ti. Además, ha estado muy tranquilita durante todo el día, es un ángel, la verdad.

Ella miró a su vecina.

— ¿Estás segura?

— Muy segura. Te dije que te iba a ayudar y eso es exactamente lo que voy a hacer.

África no sabía cómo agradecerle a la mujer que se estaba comportando de tan buena manera, sin ella no podría hacer nada de eso. Así que entonces la abrazó sin pensarlo dos veces y le dio las gracias.

Las cosas estaban listas para que ella fuera esa noche a dar lo mejor de sí en ese local. Tenía la dirección apuntada en un papel, se vistió, se maquilló solo un poco y entonces salió decidida a comerse el mundo, pero, de pronto a su mente llegó la imagen de los ojos de quien probablemente sería su jefe en

adelante, él la observaba muy diferente a como la veían todos, él la miraba como con ganas de decirle algo.

Pero, por el momento dejó eso a un lado. La había enseñado a defenderse de hombres que trataran de sobrepasarse con ella, y quizá todo eso que pensaba era obra de sus nervios al momento de entrar al lugar a pedir el trabajo. Se sentía feliz de haber entrado ahí.

Le costó un poco dar con el local, pero, lo consiguió. La verdad tuvo que revisar dos veces el nombre, pues no era lo que esperaba. El sitio era bastante elegante, algo para lo que no se preparó mentalmente. Los coches aparcados afuera eran últimos modelos y la entrada estaba custodiada por dos hombres.

Se imaginó que debía mostrar algún tipo de identificación, pero, apenas se paró frente a ellos solo le preguntaron el nombre y apenas se lo dijo se apartaron a un lado.

— Mike la espera en su oficina.

El otro guardia se acercó amablemente y le habló.

— Sígame, señorita. Yo la guío.

África lo siguió por un pasillo iluminado por tenues luces, subieron una escalera y tocaron a la puerta de una oficina. Reconoció la voz del hombre que estaba del otro lado de la habitación.

— Adelante. Está abierto.

III

Una vida obligada

Para Roberto las cosas no habían salido de la manera en que él las planeó. Cuando era un joven de 18 años apenas, estaba rodeado de puras cosas buenas y todos sabía que él sería un gran boxeador, una estrella del cuadrilátero.

Estaba entrenando con los mejores y además tenía las ganas y el coraje más grande que se había conocido. Siempre fiel a sus principios, pero, más aguerrido que nadie.

Se ganó el apellido de “montaña” porque además de su gran tamaño, todos iban a él, todo querían estar a su lado, apoyarlo y hacerlo sentir bien, era un muchacho bastante conservador y con un corazón de oro, decía que cuando tuviera la suficiente cantidad de dinero podría ayudar a todas las personas que así lo necesitaran, eso más que un sueño era una meta por cumplir.

Pero, las cosas no fueron bien para él cuando comenzó con su carrera como profesional. Salió un par de veces del país en representación, y a pesar de que le fue muy bien y ganó medallas las dos veces, no conseguía coordinar peleas importantes y eso para un boxeador es lo más importante, debe enfrentarse a los grandes para que puedan tomarlo en serio.

Su entrenador daba su propia vida por conseguirle algo al chico, pero era imposible, nadie lo quería como contrincante.

Todo el esfuerzo y el tiempo que se invirtió en él parecía estar perdido, nadie quería las cosas así, pero, en realidad fue algo que sucedía muy a menudo, solo que Roberto no se daría por vencido.

Una noche fue a una de las peleas más importantes del país, donde por supuesto pasaba sin pagar por tener el carnet que identificaba como boxeador y era parte de la asociación, lo que significaba que podía asistir a cualquiera de los eventos a nivel nacional.

Miró con detenimiento a cada uno de los boxeadores esa noche y no entendía la razón por la que él no había conseguido una pelea así, todos estaban por debajo de su nivel, él estaba cansado de demostrar su fuerza y además que tan profesional era en lo que hacía.

El ganador del evento principal terminó siendo un chico de unos 22 años, contemporáneo con Roberto, y entonces miró al chico dentro del público.

Resulta que el joven había estado una pelea con él desde hacía mucho tiempo, pero, su manager no había querido hacer el contacto, era algo que no podían controlar ellos como peleadores, así que el campeón de esa noche arremetió contra el maestro de ceremonias y portando su cinturón se acercó al lado donde estaba Roberto.

— ¡Tu, Montaña! ¡La próxima pelea la quiero contigo! Lo digo públicamente.

Roberto lo miró asombrado y no sabía qué hacer realmente porque al momento todos voltearon a verlo, no entendía cuál era la fijación del chico con él, pero, era la única oportunidad que tenía y no dejaría que pasara sin al menos intentarlo.

— Cuando quieras y donde quieras.

En ese momento el entrenador cogió del brazo al excitado campeón de la noche y lo jaló para alejarlo de Roberto y del micrófono, el show debía terminar en ese momento, nada debería pasar de ahí, pero, sí. Pasaría y mucho más.

De inmediato montaña se levantó y salió a un lugar menos concurrido y llamó a su entrenador para decirle lo que había pasado. Colgó e inmediatamente fue al gimnasio donde entrenaba a diario.

— Si, entrenador. Me ofreció una pelea.

— Hiciste bien en aceptar, ahora queda de nuestra parte que eso se dé así. No podemos dejar que las cosas pasen por alto. Yo me encargaré de eso. Anda a dormir y mañana nos vemos aquí a primera hora.

EL entrenador conocía a unas cuantas personas que trabajaban en la radio y la televisión regional, las cuales les debían unos cuantos favores, favores que él estaba dispuesto a cobrar ahora mismo.

Por su parte, Roberto confiaba plenamente en su entrenador y sabía que realmente se encargaría del asunto. Ahora él debía entrenar más que nunca, ponerse a tono en cada uno de sus movimientos y concentrarse en lo que venía.

Esa noche no pudo dormir lo suficiente pensando en cada una de las posibilidades y probabilidades que esa probable pelea acarrearía. No podía

negar que estaba algo nervioso aún sin saber si realmente se iba a dar, pero, más que nada estaba feliz por tener la oportunidad en sus manos.

Los días fueron pasando y aunque no recibía ni una noticia sobre la pelea, se mantenía mentalizado en todo lo que debía hacer, estaba claro que todos esos procesos para armar un enfrentamiento como eso llevan tiempo, pero, en los medios locales reseñaban el incidente como algo bueno. Al final estaba teniendo publicidad gratis, eso era lo mejor.

Las esperanzas de Roberto estaban puestas en su entrenador que no descansaba para poder hacer eso una realidad.

Por fin el día llegó cuando entraron al gimnasio su futuro contrincante con su manager con la actitud más déspota del mundo, pero, dispuesto a llegar a un acuerdo ese mismo día.

— Me gusta verte entrenar así, muchacho. Al parecer tienes futuro.

Roberto no sabía qué hacer ni que decir, así que la conversación sería entre los dos representantes.

— ¿A qué vienen hasta aquí?

— Mi representado tiene una boca volátil y al parecer a todo el mundo le ha encantado la idea de que él, el campeón nacional, pelee con tu muchacho. Un joven inexperto que nadie conoce.

— No entiendo entonces porque el interés.

— Pues, que al público le encanta ver este tipo de cosas, una masacre que para ellos es algo muy bien sabida, además que de la forma en como mi representado le pidió la pelea a tu chico, algo que llamó a la atención de todos.

— Claro. Muy bien, estas son las condiciones. La pelea se va a dar en una buena arena, con transmisión televisiva y además arreglamos un contrato donde quede sentado que nos llevamos el 45% si, por casualidad, perdemos. Y por supuesto nos lo llevamos todo si ganamos. Tu parte la arreglas tú con tus patrocinadores y a quienes puedas mover.

Roberto miraba a su entrenador como si estuviera completamente demente.

— Vaya que tienes agallas. Pero, está bien, de todas maneras, te llevarás máximo el 45% que me pides, de resto no tienen ninguna opción de ganar, ni

en lo más mínimo.

— Entonces no tienes problemas porque serás tú y tu representado quienes salgan ganando de todo esto.

— Un mes. La pelea es en un mes.

El hombre se dio media vuelta y el muchacho se quedó mirando fijamente a Roberto. Había algo de rabia en sus ojos, pero, de inmediato se volteó y se fue.

Montaña seguía sin palabras para lo que había visto.

Su entrenador se sentó a un lado y lo abrazó con fuerza.

— Tenemos nuestra primera pelea, chico. ¡La tenemos!

La emoción del chico era bárbara, aunque en ese momento no lo demostró así. Estaba tratando de procesar todo lo que había sucedido, Roberto estaba frente a la mayor oportunidad profesional que se le había presentado en toda su vida.

Ese mes ahora parecía muy poco tiempo para toda la preparación que debía tener, pero, la verdad es que su entusiasmo estaba por las nubes.

Las emisoras de radio comenzaban a dar sus primeras declaraciones con respecto a la pelea que se avecinaba, era una locura puesto que el contrincante del campeón era un desconocido, al menos para el público en general, puesto que todos los entrenadores sabían quién era Roberto “Montaña” Montana, lo sabían muy bien.

Y por saber eso es que ninguno quería que él combatiera contra sus pupilos, esa era la razón real, estaban seguros que el chico les ganaría y por supuesto no podrían ir más alto, nadie quería que Montana estuviera en los cuadriláteros.

El dinero era el que movía todo ahí, era un conjunto de boxeadores que salían a la palestra solo si tenían los medios para poder hacerlo. Roberto era un joven de la clase baja que no tenía la manera de pagar las peleas ni la publicidad, pero, ahora este nuevo campeón nacional le había hecho el favor de ponerlo a la vista de todos.

Las cosas se fueron dando poco a poco y tanto Roberto como su entrenador veían repetidas veces los videos de las anteriores peleas de su oponente, el chico tenía varios puntos débiles, él también lo había notado en la pelea a la

que fue.

Los comentarios en las estaciones de radio siempre favorecían al campeón, pero, la verdad es que “Montaña” no estaba muy atento a lo que decían, para él solo existía una verdad y esa era la que se demostrara en el cuadrilátero. No había nada más.

Los días seguían pasando y las cosas se hacían cada vez más emocionantes para ambos pugilistas.

Una de las cosas más increíbles para Roberto era mirarse en un afiche en la calle, no sabía quién había pagado por hacerlos y notablemente el aparecía opacado por la figura de su contrincante, pero, no le importaba, su nombre relucía en la parte de abajo. Una tarde arrancó uno y se lo llevó de recuerdo, era algo sumamente importante para él.

El día de la pelea había llegado y las declaraciones del campeón antes de subirse a la lona fueron completamente despreciables, era el tipo de comentarios que a nivel profesional no deberían escucharse, su soberbia era demasiada. Por su parte Roberto se mantuvo callado y no comentó absolutamente nada a los medios que de inmediato lo catalogaron “joven con poca gallardía” para no decirle cobarde.

Lo cierto es que todo estaba listo y muchos de los fanáticos que estaban ahí solo habían ido por curiosidad.

Pero, la pelea empezó con un espectáculo digno de los shows más grandes conocidos. Música, juegos de luces, presentadores, bombos y platillos. Estaban haciéndole la introducción al campeón, a ese que tuvo el valor de pararse frente a miles de personas y desafiar a un desconocido.

Cuando tocó su turno, Roberto entró con su típica clama. Nadie lo aplaudió con fuerza, pero, había respeto por el chico que había aceptado la pelea ante el campeón.

No hubo música ni efectos de sonido, solo él subiendo al cuadrilátero.

Después de unos segundos la pelea comenzó y los boxeadores daban unas vueltas de reconocimiento, solo que no esperaban que los planes de Roberto era terminar con eso lo antes posible.

Observó una y otra vez. Sí, ahí estaba su punto débil, así que dejó que “el campeón” atacara primero para ver la velocidad de sus golpes, no pretendía

responder al ataque, pero, su instinto lo traicionó.

En su mente todo sucedió muy lento. Vio cada uno de los movimientos como si los tuviera en cámara lenta, así que su golpe derecho fue directo a la quijada del boxeador, luego el izquierdo, el derecho de nuevo, el hombre bajó la guardia completamente y Roberto le atizó el golpe fulminante.

El bravucón y soberbio boxeador cayó al suelo con el sonar de la campana y todos se levantaron de sus asientos asombrados de lo que habían visto.

El silencio arropó la sala ante este inesperado acontecimiento y los asistentes veían como el referee contaba hasta diez, el campeón trataba de levantarse, pero, estaba completamente mareado por cada uno de los golpes recibidos, no tenía la fuerza para volver a la pelea.

Roberto estaba esperando que la cuenta llegara a su final, los segundos fueron eternos.

—... ¡diez!

La cuenta llegó a su final y también la pelea.

El entrenador subió a abrazar a su muchacho que ni siquiera se había sudado para culminar y de pronto todos los periodistas se le acercaron y querían hablar con él, todos necesitaban una foto de ese desconocido que noqueó al campeón nacional.

Todo era muy rápido para Roberto que terminó detrás de su entrenador quien les ofreció a los periodistas una rueda de prensa improvisada en los vestidores, solo pidió un poco de espacio para el muchacho en ese momento.

Pero, lo que más le importaba a montaña era ver cómo estaba su oponente, le importaba ver si estaba bien, así que se acercó a él ya que estaba sentado en su banco y con mejor semblante.

— Oye, la verdad es que...

— Vete de aquí Montana, no quiero verte.

La reacción del hombre lo hizo retroceder de inmediato. Había mucha soberbia e ira en aquel ser. Roberto no entendía el comportamiento del chico a quien realmente le tenía mucho respeto, esa noche las cosas fueron para él quizá también con algo de suerte, los golpes cayeron en los sitios justos y en el momento justo.

Pero, desde ese momento la vida para Roberto Montana, el gran “Montaña” sería otra.

La rueda de prensa estuvo cargada de preguntas muy difíciles para él, pero, supo cómo asumirlas una a una, con paciencia y mucha inteligencia y siempre con respeto hacia su contrincante, a pesar de todo lo que había sucedido minutos antes.

Pasó de ser un desconocido a ser una estrella al menos a nivel local, después de eso todas las chicas estaban pendientes de él, lo reconocían en las calles, en los comercios, así que su vida cambió completamente y parecía que se había montado en un tren sin frenos.

Todos sabían de la capacidad de este muchacho y ahora lo estaba demostrando, Después de noquear al campeón nacional en el primer asalto, tanto los medios de comunicación, como el resto de las personas involucradas en el medio deportivo, necesitaban saber si todo lo que había pasado no era cuestión de suerte.

Pero, Roberto lo demostró una y otra vez durante un año donde comenzó a calor en puestos más importantes ganando el dinero suficiente para tener todos los lujos que quería, compró una casa enorme, yates, coches y por supuesto ayudó a esas personas que tanto lo necesitaban, como siempre lo había soñado.

“Montaña” estaba en la cima y seguía invicto, ahora muchos representantes lo buscaban, pero, él estaba bien con su entrenador, el hombre había hecho un muy buen trabajo y no lo dejaría ir ni lo cambiaría por nada del mundo, así que las cosas siguieron como se estaban dando.

Era un gran hombre al que todos adoraban y que además se había convertido en un gran competidor, en ese que todos querían para una pelea, ahora la meta era vencerlo a él, solo que no había nadie que pudiera hacerlo.

En el cuadrilátero él era el mejor y lo había demostrado, hasta que conoció al peor enemigo que pudiera tener. Él mismo.

Roberto cayó en los juegos de azar y lamentablemente no tenía la misma suerte que los otros aspectos de su vida.

Las cosas comenzaron a tornarse feas cuando perdió una gran cantidad en un casino una noche después de una pelea, prácticamente perdió todo lo que

había ganado con esa pelea y ya su entrenador, que se había convertido como en un padre para él, no sabía qué hacer.

Después las apuestas comenzaron a ponerse peor cuando lo hacía de manera clandestina, era algo que no podía parar, una fuerza más poderosa que cualquier otra cosa lo arrastraba a eso, estaba enfermo, pero, Roberto no lo veía de esa manera, siempre creyó que podría salir de eso cuando quisiera.

El juego fue tan inoportuno en su vida que hasta dejó peleas por irse a jugar y a apostar, pensaba que iba a recuperar todo lo que había perdido de la misma forma, pero, nada más lejano a la realidad, su vida se fue haciendo más pequeña y cuando se dio cuenta debía más de lo que tenía y hasta amenazas de muerte recibió si no pagaba una suma de dinero en determinado tiempo.

Cuando vio que necesitaba levantarse, ya era muy tarde así que vendió todo lo que tenía para poder pagar y salir un poco a flote, había perdido todo incluso las oportunidades de volver al cuadrilátero debido a su mala actitud ante el deporte, algo que él jamás habría pensado hacer, se había hecho todo el daño del mundo y ahora estaba fuera del negocio.

Todo a su alrededor se volvió gris y había pasado de ser un héroe a ser nadie. Todo eso lo llevó a buscar un nuevo camino y salir de la ciudad para buscar algo mejor, solo que a donde iba no estaba la solución.

Pudo encontrar un lugar a donde vivir, era un pequeño departamento en una de las peores zonas, pero, al menos era un lugar a donde llegar. Se dejó crecer la barba y el cabello, para ocultar un poco su identidad, aunque mucha gente lo seguía reconociendo en la calle.

Consiguió un empleo de medio tiempo, pero, a duras penas le alcanzaba para comer y pagar los servicios como la renta. Así que tenía que encontrar algo más, algo que le generara mucho más dinero y sin esperarlo la oportunidad tocó a su puerta.

Un hombre lo abordó una tarde justo después de salir del trabajo.

— Señor Montana, es un placer conocerlo.

— ¿Quién es usted y de dónde me conoce?

— Mi nombre no importa, por el momento creo que le tengo una gran oferta que no podrá rechazar.

Roberto se detuvo y miró al hombre con detalle a ver si lo reconocía de otro lugar, pero, no. No lo había visto jamás.

— Si está interesado lo veo más tarde en el “Club Tiburón” después de la media noche.

— No creo que asista.

— Al menos pase sin compromiso, creo que le interesará y podrás ganar mucho dinero haciendo lo que mejor sabe hacer.

El misterioso hombre se dio la vuelta y siguió caminando, ahora Roberto estaba muy confundido y a pesar de que no era el mismo chico de hace algunos años, seguía siendo un poco tímido ante algunas situaciones y esta era una de ellas.

“Montaña” siguió su camino, pero, en la mente latía el nombre del club. Sabía que de una u otra manera iría a investigar de qué se trataba.

IV

Cambio de vida

Mike ahora vestía de manera elegante y estaba detrás de un lujoso escritorio, de hecho, África pensó que era otra persona, le costó un poco reconocerlo.

— Adelante. Siéntate.

El hombre hizo una seña a las dos señoritas que lo acompañaban y estas abandonaron la oficina. Se escuchó la música justo mientras la puerta estuvo abierta, pero, al cerrarse parecía que nada pasaba afuera.

— Me encanta que hayas venido. ¿Me dijiste tu nombre en algún momento?

— África. Me llamo África.

Ella realmente si se lo había dicho o no.

— Que nombre tan exótico, al igual que tú y tu belleza.

Ella se sonrojó y bajó la mirada.

— Bueno, África, el punto es el siguiente. Hay una vacante en el departamento de meseras y por ahora necesito que estés ahí pendiente de lo que necesite cada uno de ellos. Siempre con una sonrisa y palabras amables, ¿entendido?

— Si, perfecto. No hay problema, Mike.

— Recuerda que tenemos clientes muy importantes y no queremos dejarlos mal, además si los atiendes bien son muy generosos con sus propinas, así que a trabajar.

— De una vez.

— Así me gusta. Baja hasta la barra y pregunta por Daniela, ella te dará tu uniforme.

La chica se levantó con ánimos y entonces se dio media vuelta para salir de la oficina. Mike aprovechó para ver esas lujuriosas curvas, podía estar en eso todo el día.

Iría poco a poco con África, le daría las oportunidades para que subiera rápido en el negocio y, si era mucho más inteligente y codiciosa, quizá podría empezar a verlo como algo más.

Mientras bajaba las escaleras ella no podía evitar sentirse nerviosa, incluso mucho más que cuando llegó, estaba ansiosa también por hacer las cosas bien y empezar de una vez para saber cómo era todo.

Daniela la atendió muy bien y le dio su uniforme.

África entró al baño de empleados y se cambió la ropa rápidamente, se miró en el espejo y la verdad es que parecía que el uniforme lo hubiesen fabricado para ella. Le quedaba perfecto, aunque a su parecer la falda era muy corta, pero se las arreglaría, era un problema normal para ella que tenía que lidiar con su gran trasero siempre.

Salió decidida a hacer las cosas lo mejor posible, no importaba cuanto tuviera que hacer, pero, debía buscar la manera de mantener a su hermanita.

Le dieron unas instrucciones y luego espero hasta que llegara su turno de atender a alguien, el local estaba bastante lleno.

Llegó un grupo de cuatro hombres y se sentaron en una mesa al fondo. Esos serían sus primeros clientes, así que tomó la carta y fue de inmediato hasta allá con una gran sonrisa y la mejor disposición.

Los hombres estuvieron bastante habladores con ella y hasta le invitaron a sentarse, cosa que primero y principal África no entendía y además no lo veía como algo bueno. Estaba en sus horas de trabajo.

Se limitaron a ver como la chica les llevaba sus órdenes de vez en cuando.

Las mesas comenzaron a llamarla a ella nada más, todos querían que ella los atendiera, pero, la verdad es que la chica dejaba pasar los llamados por la falta de experiencia que tenía, las demás en el sitio la ayudaban sin que ella se diera cuenta.

La noche iba corriendo muy rápido y los clientes eran cada vez más, en su mayoría eran hombres.

De pronto las luces se apagaron y todos se callaron, al fondo del local se encendió un reflector que iluminaba un tubo que iba desde el suelo hasta el techo, África miró aquello un poco confundida y con mucha curiosidad, no sabía qué era lo que pasaba. Ahora todos miraban hacia allá, era como si lo estuvieran esperando.

De pronto una chica apareció vistiendo un abrigo y un sombrero negro; todo el

público enloqueció, gritaban sin parar. Los labios rojo carmesí de la chica resaltaban por encima de lo demás, y una sonrisa se dibujó en el rostro. Todo era muy misterioso y tenía un clima de suspenso.

Una música comenzó a sonar y entonces la mujer del escenario empezó con su show con algunos pasos de bailes muy sensuales, con movimientos bien estudiados y al ritmo de lo que se escuchaba.

Poco a poco las cosas fueron poniéndose más calientes. Primero se quitó el sombrero y lo lanzó a un lado dejando ver una hermosa y rubia cabellera con rizos espectaculares, después poco a poco fue quitándose el abrigo y debajo de eso quedó solo vestida con ropa interior de cuero y unas mallas en las piernas.

Era una mujer espectacular, una mujer que estaba fuera de serie, la estrella de la noche.

Hacía piruetas en el tubo de manera impresionante, algo que África no había visto jamás y pensó que debía tener unas condiciones excepcionales para poder hacer ese tipo de cosas.

Los hombres abajo estaban hipnotizados antes los movimientos y la espectacular figura de la chica y de pronto comenzaron a lanzar billetes al escenario. Todos, sin excepción, lo hacían. Eran sus propinas para aquella chica que los tenía babeando, realmente se las estaba ganando.

Pero, ella no paraba, seguía ahí inspirada, metida en su papel y muy concentrada.

Poco a poco se terminó de quitar toda la poca ropa que tenía y entonces estaba completamente desnuda, se subía al tubo, se ponía de cabeza, se tocaba todo su cuerpo y el espectáculo era indescriptible, algo fuera de lo normal para una chica como África que no estaba acostumbrada a algo así.

El show terminó con un público completamente eufórico y con la chica cansada y sudando. Todos se levantaron a aplaudirla, la verdad es que más allá de haberse quitado la ropa, lo que hizo fue algo que no muchas pueden hacer de esa manera, era muy sexy sin ser vulgar, tenía a todos comiendo de su mano.

Salió una chica a recoger todo el dinero que estaba sobre la tarima y África notó que era una cantidad importante.

El local volvió a su ambiente natural y todos se enfocaron en lo que hacían.

Todas las meseras comenzaron a recorrer el lugar, pero, África estaba anonadada con lo que había visto. Tenía la imagen de la chica en la mente.

Así fue pasando la noche y no hubo más espectáculos.

Cerraron pasadas las 4:00 a.m. y África estaba completamente agotada, pero, se sentó en una de las sillas y comenzó a sacar todas las propinas que había recibido esa noche. Mientras iba acomodando los billetes le parecía más y más increíble que tuviera tanto ahí, no había contado, pero, normalmente eran billetes de alta denominación.

Cuando terminó de contar, lo hizo de nuevo, no lo podía creer. Tenía más dinero del que esperaba por una semana de trabajo, era increíble que fueran solo propinas.

Miró a los lados y las otras chicas hacían lo mismo, contaban sus ganancias de la noche y todas parecían contentas.

— Hola, nueva. Mi nombre es Samanta. Bienvenida.

— Hola. Soy África.

— Espero te haya ido bien como al resto. Te vi bastante activa durante la jornada.

— Me fue muy bien la verdad, gracias.

— Eres una chica hermosa, y aquí eso sirve de mucho. Ven quiero que conozcas al resto.

África siguió a la chica que era muy amable, todas las demás resultaron ser iguales y se sintió más a gusto en el trabajo. Se cambió de nuevo y entonces en ese momento justo cuando se iba llegó Mike.

— Buenas noches, mis queridas señoritas. Vengo con su pago de esta noche. La verdad es que lo hicieron muy bien. Felicito a África que en su primera noche se lució.

— Las chicas la miraron y entonces le sonrieron.

El hombre sacó pequeños paquetes de dinero que fue repartiendo a cada una incluyendo a África que la dejó de último.

— Contigo quisiera hablar antes de que te vayas, quisiera hacerte un contrato.

Todas las demás se despidieron y los dejaron solos.

Mike estuvo viéndola durante toda la noche y sentía la necesidad de meterse debajo de esa falda tan corta, sabía que todos los hombres la miraban, y eso le causaba mucho estrés, no quería que nadie más descubriera ese tesoro. Solo la quería para él.

La conversación no fue muy larga y además muy profesional, Mike no quería ir muy rápido para evitar que la chica se alejara, todo lo contrario, quería ganarse su confianza lo más que pudiera.

Cuando la chica salió estaba a punto de amanecer y entonces al darse cuenta de eso apuró su paso y se fue directo a casa, no quería dejar más tiempo a su vecina con la niña. Ya era demasiado.

Pasó por Alondra y le dio las gracias a su amiga por haberla cuidado tanto tiempo, le ofreció algo de dinero por las molestias causadas, pero, ella se negó a recibirlo, ya África vería como le hacía llegar algún detalle para que estuvieran a mano.

La niña estaba dormida y entonces ella pensó que podría descansar un poco mientras tanto. Solo se tardó diez segundos en dormirse.

El llanto de Alondra la despertó y entonces notó que eran casi las 10:00 a.m.

Preparó un poco de comida para ambas y después de comer se quedaron dormidas de nuevo, África aprovechaba los momentos de sueño de la niña para compensar los de ella. En la tarde las cosas estuvieron más calmadas y pudo ver lo que realmente había ganado, era una cantidad increíble para un solo día de trabajo, no entendía como Mike pagaba de esa manera.

Se sintió agradecida por esa oportunidad que se le presentó, seguiría trabajando fuerte hasta que pudiera ahorrar un dinero para tener más comodidades y quizá rentar un departamento más cómodo.

La chica comenzaba a soñar con cosas nuevas, pero, lo que más tenía enfrascado en la mente era el show de la mujer, ella era espectacular y tenía a todos los hombres a sus pies, de una buena manera, claro, pero, al fin y al cabo, ella era como una reina y las cosas que hacía eran espectaculares.

Pensó en cuánto haría ella en una noche, estaba segura que mucho más de lo que hacía una mesera, puesto que no estuvo a la hora del pago que hacía Mike y lo bueno es que trabajaba mucho menos.

¿Será muy difícil de aprender todos esos movimientos?

¿Cualquiera podría hacerlos?

Se comenzó a alistar para un nuevo día de trabajo.

Las cosas fueron pasando muy rápido, el estilo de trabajo hacía que todos los días parecieran iguales.

África descansaba solo un día a la semana y ese lo aprovechaba para pasar tiempo con su hermanita, comprar las cosas de la casa y además para descansar, lo que significaba que le rendía mucho el tiempo.

Pero, las semanas eran cada vez mejores y el sitio se mantenía a casa llena gracias a los espectáculos eróticos y las hermosas meseras que ahí atendían. África estaba feliz con su trabajo, aunque tenía que lidiar con algunos hombres ebrios que se pasaban de la raya, pero, sabía cómo defenderse.

En fin, todo iba mejor de lo planeado, pero, las cosas cambiaron completamente una noche cuando se quedó hasta después de que cerrara el local y escuchó una discusión afuera, en una de las mesas, algo que le pareció extraño puesto que yo no había público.

La chica se asomó con mucho miedo y entonces observó.

— Mike, ya ha pasado mucho tiempo desde que perdimos la mercancía y no nos has respondido con nada.

Era un hombre algo mayor rodeado de lo que parecían ser guardaespaldas.

— Entiendo, señor Marques, pero, la verdad es que no he tenido la oportunidad de reunir el dinero. Es una gran cantidad.

— Mis muchachos me dicen que tienes mucho éxito aquí, todos los días esto está a reventar.

— Si, pero, vienen por la bailarina, casi no consumen y los gastos dan para pagar a los empleados solamente.

— Te creo, Mike Te creo, pero, ya no puedo esperar más. Yo también debo velar por mis empleados.

Se escuchó un vaso que cayó detrás de la barra y todos voltearon sacando sus armas instintivamente.

— ¿Hay alguien más aquí, Mike? Te lo pregunté claramente cuando llegamos.

— No... No, no. No debería. Todas se fueron a casa hace mucho tiempo.

El hombre sudaba a cántaros y temblaba de miedo.

— Revisen mientras yo sigo en mi conversación con nuestro amigo.

Los guardaespaldas salieron a ver qué era lo que pasaba detrás, pero, África se había ocultado justamente después de tropezar el vaso, ellos parecían peligrosos y por la actitud que tenía su jefe, pues eran de armas tomar.

La chica estaba metida en el baño, no había encontrado un mejor lugar, tenía la mano sobre su boca tratando de que no se le escapara ni una palabra. Escuchaba a los hombres caminando afuera y de pronto abrieron la puerta.

Sus pasos se escuchaban retumbando en sus oídos, estaba completamente asustada sobre uno de los inodoros, esperando que por algún milagro se fueran y no la vieran ahí. Las lágrimas salían sin parar, pero, ella ni siquiera respiraba.

Los segundos parecían años y ya las piernas de África comenzaba a entumecerse debido a la posición en la que estaban, las cosas no estaban nada bien. De pronto un golpe y se escuchó como la puerta del primer cubículo se abrió, nada.

Después de segundo. Nada.

En ese momento África se cubrió todo el rostro con sus manos, ella era la siguiente. Se abrió la puerta y de inmediato los hombres las sacaron de aquí, ella gritó lo más que pudo, pero, sabía que era en vano.

La llevaron hasta la mesa donde estaba sentado el jefe.

— Vaya, vaya, ¿pero, que tenemos aquí?

— Ella no tiene nada que ver, de seguro se quedó un rato más mientras se alistaba para irse.

Marques ni siquiera miró a Mike cuando hablaba, estaba observando a la chica con detenimiento. En ese momento se metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo que le entregó a África.

— No llores, jovencita. No pasa nada, tu jefe y yo solo estamos hablando.

El hombre estaba asombrado de la belleza de la chica, así que le hizo una seña para que la levantaran.

Los dos guardaespaldas la subieron rápidamente y con un poco de brusquedad.

El señor Marques seguía mirándola sin parar, su cuerpo era espectacular, lo mejor que había visto nunca, se notaba que era una chica muy joven y además tenía un color de piel que llamaba mucho la atención.

— Mírame a los ojos, jovencita.

Ella lo hizo.

— Si, exactamente lo que pensé. Perfecto.

Marques se levantó y se paró al lado de África.

— Tú tienes un mes para pagarme y eso es gracias a esta hermosa chica.

Mike no quería levantar la mirada para ver lo que venía, además estaba llorando.

Un nuevo pañuelo tomó por sorpresa a África, pero, este estaba mojado con algo, el olor era penetrante, pero, solo estuvo consciente por unos 10 segundos, después despertó en un lugar muy extraño.

V

Ganándose la vida

Roberto caminaba por un callejón buscando la dirección del club y la consiguió ya al final de ese lugar. Faltaban algunos focos y otros encendían y se apagaban con regularidad, no había mucho tránsito de personas por ahí.

El nombre del local estaba bastante maltrecho y en la entrada se encontraban dos hombres que le pidieron su identificación antes de entrar.

Cuando la leyeron se observaron entre sí y uno le habló a Roberto.

— Bienvenido, señor Montana. El jefe lo está esperando, venga por aquí.

Caminaron por un pasillo y una bulla de pronto comenzaba a hacerse familiar para él, después bajaron unas escaleras y los gritos eran cada vez más intensos, se detuvieron frente a una puerta mientras el hombre busca las llaves en su pantalón.

Cuando se abrió la puerta todo el estruendo entró completamente, había alrededor de 200 personas en una sala bastante pequeña y dos hombres peleaban en el centro de todos ellos, eran peleas callejeras.

Roberto observó al hombre que lo abordó en la calle y entonces lo saludó de lejos, al parecer era el jefe.

— Bienvenido, Montana. Ven, vamos a subir a mi oficina, hay una mejor vista y además podremos hablar mucho mejor.

Algunas personas lo miraban fijamente, como si lo reconocieran de antes, pero, su apariencia era muy diferente ahora, así que evitaba el contacto visual directo con cualquiera del presente, solo subió detrás del hombre.

— Puedes sentarte. ¿Necesitas algo? ¿Una cerveza, un café, agua?

— No, gracias. Estoy bien.

— Muy bien, por favor déjanos solos.

El hombre que lo había recibido en la puerta se retiró y Roberto miró por la ventana que tenía a su lado, ciertamente la vista desde ahí era mucho más interesante.

— Ya ves de que se trata todo esto, mi querido Montana. Mi nombre es Clemente Machado y estoy interesado en que trabajes con nosotros, tú sería una completa sensación aquí y podríamos ganar mucho dinero juntos.

Roberto veía eso como una oportunidad, pero tenía mucho tiempo sin boxear, además todo eso era ilegal y más allá de eso, no había ninguna protección para quienes luchaba, se tornaba algo peligroso.

— Vaya, esto parece tener bastante tiempo.

— Mucho, Montana, mucho tiempo, pero, nunca hemos tenido a una estrella como tú con nosotros, más allá de ese todos sabemos por la situación por la que estás pasado y esto sería dinero fácil para ti.

— Ni tan fácil.

— ¡Vamos! Estos chicos son amateurs a tu lado, solo son bravucones que intentan ganarse la vida de la única forma en que saben. Contigo las cosas serían diferentes, ya tienes un nombre forjado y más allá de eso, serías la sensación al ganarles a todos.

La idea no era para nada descabellada y a juzgar por quienes peleaban en ese momento, la verdad es que el nivel de lo que ahí se veía era bastante bajo deportivamente, si se mencionaba la parte violenta, era otra cosa muy diferente.

Roberto se veía tentado por la necesidad de conseguir el dinero suficiente para poder vivir mejor, no como lo hizo en sus mejores tiempos, pero, al menos para saciar sus necesidades más básicas y estar tranquilo con eso.

Pero, lo que más lo llamaba eran las ganas de boxear de nuevo, era algo que tenía en la sangre, algo que necesitaba hacer, para eso había nacido y se mantendría siempre en su ADN, “Montaña” estaba tratando de resurgir y nadie lo podría parar.

— ¿De cuánto dinero estamos hablando por pelea?

Clemente vio cómo las cosas iban tomando el rumbo que necesitaban.

Roberto salió de ahí después de ver el resto de las peleas de la noche. 4 en total. La verdad es que estaba bastante pensativo al respecto y solo el nivel de violencia era lo que le preocupaba, no había muchas reglas y el que desempeñaba el papel de referee parecía estar pintado en la pared, pues no

hacía nada.

Pero, la cantidad de dinero que le ofrecieron por pelea era bárbara, algo que no había imaginado ya que procedían de la calle, y aunque a nivel personal y moral no estaba de acuerdo con eso, pues se arriesgaría para conseguir la manera de mantenerse. Él estaba de vuelta, pero, ahora lo haría en las calles.

Caminó hasta su pequeño departamento y entonces redactó una rutina de ejercicios y entrenamiento que comenzaría al día siguiente. Había pedido una semana para ponerse en forma.

Fueron días intensos, donde recordó muchas de las cosas que había aprendido antes, estaba feliz por volver a hacer lo que le apasionaba así fuese de una manera poco ortodoxa, pero, tenía la seguridad de que con eso podría reunir un dinero y comenzar su propio negocio.

Después de esa semana volvió al club, se sentía bien y estaba listo para la acción.

Esa noche no habló con Clemente, solo se quedó mirando lo que pasaba, no sabía cómo se daban los turnos para los peleadores, pero, él estaba ahí disponible para lo que le pidieran, solo era cuestión de esperar.

De pronto alguien le tocó la espalda y lo llevó a un lugar.

— Sales en 20 minutos.

Roberto sintió como los nervios lo atacaron completamente, pero, entonces trató de concentrarse y se cambió la ropa para salir cuando se diera su turno.

Afuera la gente estaba agitada, todos gritaban con dinero en mano apostando a su mejor peleador, las campanas sonaban cada tres minutos al igual que el boxeo profesional, solo que aquí todo se reducía a siete asaltos.

Se vio en un destartalado espejo que había en el cuarto donde estaba y entonces su mente viajó lejos a aquellos tiempos donde era una gran estrella, donde todos lo adoraban, pero, ahora las cosas serían diferentes, estaba llegando a un sitio nuevo, donde nadie lo conoce y trataría de ganarle a todos aquellos a los que enfrentara, si así lo hacía comenzaría a ganarse el odio de todos.

Pero, las cosas estaban dándose así, no había otra opción para él sólo esperaba terminar las peleas sin lesionar a nadie o sin que él saliera herido

gravemente.

De pronto entró el hombre de nuevo.

— Tu turno, nuevo.

Lo estaban tratando como a cualquiera, eso era una ventaja, pues así nadie sospecharía nada.

Se abrió paso entre las personas y lanzaba algunos puñetazos al aire, estiraba sus músculos y tenía la mirada de todos sobre él, nadie lo conocía y mucho menos se imaginaban que sería el gran Roberto “Montaña”.

Salió su contendiente y sin dudas era el favorito de todos ahí, la gente coreaba su nombre y en los ojos del hombre solo había demencia y ganas de hacer daño.

Roberto lo miró un par de veces, pero, evitó el contacto visual, se estaba dando cuenta que en ese ring de concreto estaría, además de buscando la victoria, luchando por mantenerse vivo.

Las apuestas estaban sobre la mesa y una campana sonó sin previo aviso, lo que hizo que el hombre conectara un par de golpes a Roberto, pero, rápidamente ya estaba en combate y tratando de recuperarse de lo que le había propinado su contrincante.

El hombre saltaba y se movía de un lado a otro sin parar, pero, claramente podía observarse que no tenía ningún tipo de experiencia deportiva, todo lo que sabía lo había aprendido en la calle, con la experiencia, era fuerte, pero, realmente no sabía cómo golpear.

Intercambiaron unos golpes, pero, realmente ninguno se hizo daño, como siempre el gran “Montaña” estaba buscando la manera de entrarle a su oponente, buscando su punto débil.

De pronto el violento e inquieto hombre se le acercó con una ráfaga de golpes muy rápidos, pero, sin dirección real, Roberto pudo esquivarlos y entonces atacó con un par de ganchos que los hizo retroceder.

La campana sonó en ese momento y cada quien fue a su esquina.

El hombre lo veía con ganas de querer matarlo.

Sonó la campana rápidamente y entonces la pelea se hizo más intensa. A principio Roberto solo se dedicó a bloquear los puños del hombre, tratando de

agotarlo y además esperando el momento preciso.

Cuando bajó la guardia en un descuido el gran boxeador de antes salió de lo más profundo de Roberto y sacó sus mejores armas. Lanzó un combo de golpes que no pudo esquivar su oponente y se cegó un momento por la adrenalina que sentía hasta que se dio cuenta que ya el hombre estaba cayendo.

El público se quedó asombrado de lo que estaba pasando, todos esperaban a ver la reacción de su peleador favorito, pero, este estaba inmóvil sobre el concreto, sangraba por la boca y por la nariz, pero, respiraba.

Ahora los aplausos eran para el nuevo, el único que había logrado derrotar al más grande peleador que tenían, todas las apuestas se cayeron, pero, ahora tenía a quién seguir y recuperarían su dinero en algún momento.

El referee le levantó la mano a Roberto y lo dio como ganador, al mismo tiempo un hombre le entregó una bolsa llena de dinero. Desde la oficina Clemente lo estaba viendo y aplaudía de pie a quien en adelante le iba a hacer ganar mucho dinero, sería su consentido, sin dudas.

Roberto entonces se acercó a su oponente y trató de ayudarlo a levantarse, pero, este le rechazó la ayuda bruscamente. En la calle las cosas eran muy diferentes, no podía haber corazón en ese tipo de peleas porque debes evitar que te hagan daño, haciéndoles daño a los demás.

La gente lo felicitaba y pedían su nombre, pero, él solo quería volver al cuarto donde había estado, no fue fácil salir entre la multitud, pero, lo logró.

Cuando llegó Clemente lo estaba esperando.

— ¡Bravo, bravo, bravo! Felicidades, gran campeón.

— Muchas gracias, solo estoy haciendo mi trabajo.

— Lo haces de maravilla. Ten aquí lo prometido por cada una de las peleas.

Roberto miró el sobre extrañado.

— Disculpe, pero, allá abajo me dieron mi parte en esta bolsa.

— Me gusta tu honradez, Roberto, pero, eso que te dieron abajo fue el porcentaje que te ganaste por la pelea, que debe ser bastante jugoso debido a que nadie creía que podrías ganarle a nuestro mejor hombre.

Roberto se quedó sorprendido y entonces se convenció más en hacer eso.

Las cosas iban muy bien pelea tras pelea y no había contendiente que pudiera con la técnica y la fuerza de Roberto que poco a poco volvía a recuperar su musculatura y cada vez se hacía más imponente. Ahora más que respeto, le temían.

Sus contendientes seguían cayendo y mientras más pasaba el tiempo con más facilidad los noqueaba, para él era como estar en el cielo, era un Dios, pero todo eso lo convirtió en egocentrista y había perdido un poco la moral que siempre había mantenido intacta.

Pero, debido a su éxito nadie más quería pelear contra él, definitivamente tenía mucha más experiencia y entrenamiento, así que los contendientes cada vez eran menos y las cosas comenzaban a decaer.

Una noche cuando ya había terminado todo recibió la visita de alguien en su nuevo departamento.

El hombre iba acompañado de Clemente para hacer la visita un poco más amena.

— Vaya, Montana. La vida te ha sonreído, me alegra ver cómo surges.

— Al menos tengo un lugar para vivir, al propio.

— Así es.

Roberto miró al hombre que venía con Clemente.

— Él es el señor Marques, el dueño de todo lo referente a las peleas, el jefe y está aquí para hacerte una oferta.

El hombre se sentó en uno de los muebles.

— Como sabrás, Montana, las peleas han bajado un poco desde que ya te volviste prácticamente invencible, así que no creo que estés haciendo mucho ahí, ya nadie quiere pelear contigo porque saben que perderán y lo harán con un gran hematoma en uno de sus ojos.

— Pero, debe haber alguien que se capaz de enfrentarme.

— El punto es que te necesito en otro puesto, uno con menos actividad, quizá con más riesgo, pero, con mejor paga.

— Lo escucho, señor Marques.

— Necesito un guardaespaldas que esté conmigo a cada segundo, uno como tú

que sea fuerte y no tema a nada.

— Pero, nunca he hecho nada parecido.

— De eso no te preocupes, sé que lo harás bien, algo me dice que tú eres el indicado para este trabajo.

La oferta no era para nada mala, pues el esfuerzo podría ser mucho menor, aunque aumentaba el peligro a su vida, realmente no sabía cuál era el trabajo de este hombre, pero, aceptaría de todas maneras.

Se estrecharon las manos y le entregaron un móvil.

— Ese número es solo para nosotros, mantenlo encendido.

— Perfecto.

El señor Marques y clemente salieron dejando solo a Roberto en su departamento. Las cosas estaban avanzando para él y ahora tenía un mejor trabajo, donde quizá no les haría tanto daño a las personas.

Pero, en eso estaba equivocado. Roberto era ahora el guardaespaldas del mayor traficante de heroína del país, cosa de la que no se enteró sino hasta una semana más tarde, no fue gratificante, pero, la verdad es que las cosas podrían ir bien con ese nuevo trabajo, además Roberto no tenía más opción, no sabía hacer nada más en la vida.

Los meses pasaron y la verdad es que Roberto se convirtió en alguien diferente, alguien que ni él mismo conocía, peor, le había tomado el gusto al poder, por más pequeño que fuese. Sin lugar a dudas estaba en el sitio que debía estar, pero tuvo que dejar a un lado todas las cosas que había aprendido como persona, no podía ser débil, no podía tener principios, pues todos los estaba destruyendo siempre y cuando su jefe estuviera bien.

Mientras más tiempo pasaba, más confianza le tenía y le comenzaron a asignar trabajos importantes, tantos que ni los hombres que tenían más tiempo ahí, se enteraban, ni siquiera Clemente.

Así pues, Roberto era el enviado del señor Marques, y desde ese momento nadie más dejó de pagar, nadie pensaba en robarle su mercancía, todos estaban asustados porque sabían que Roberto no tenía compasión con nadie, aunque no había asesinado al primero, pero, las cuotas de dolor para aquellos que querían pasarse de listos, eran muy intensas.

“Montaña” ahora disfrutaba hacer uso del poder de su jefe, maltratar a las personas e inventaba nuevas maneras para torturar a aquellos que no querían hablar o pagar, era así de fácil. Los años pasaban y Roberto era la pieza fundamental.

Una noche el señor Marques lo citó a su oficina.

— Roberto, necesito que vayas a recoger un paquete muy importante, algo que no le confiaría a nadie más.

— Lo que usted desee, señor.

— Ten. Vas a ir a esa dirección, allá estarán dos de mis hombres que probablemente conozcas, ellos te harán entrega y lo llevarás con Javier Oropeza.

Montana se quedó un poco frío cuando escuchó el nombre de Oropeza, todos sabían a qué se dedicaba ese hombre y lo peligroso que era, pero, no tenía opción, así que salió y fue por su paquete.

VI

Encuentro y desobediencia

África estaba muerta de miedo y no entendía lo que estaba pasando. Al despertar la chica iba en el asiento trasero de un coche acompañada de un par de hombres y no tenía ni idea de donde estaba, trató de mantenerse serena y pensar una solución a todo eso.

Llegaron a un lugar bastante lejos al parecer, se bajaron y entonces fue cuando se dieron cuenta que la chica estaba despierta, así que le colocaron una bolsa de tela que le cubría todo el rostro y la hicieron caminar por un terreno algo irregular.

Los hombres la trataban bien y le decían por dónde caminar, en ningún momento la golpearon ni la empujaron, de hecho, ni siquiera la habían tocado con violencia.

Se escuchó el motor de lo que parecía un motor eléctrico y ella solo se movía a donde la guiaban, después todo estaba oscuro y terminó sentada en una cama, le quitaron la bolsa de tela de la cabeza y unos segundos más tarde encendieron las luces.

La luz golpeó fuertemente los ojos de África que de inmediato se llevó las manos a la cara esperando que su vista se acoplara al nuevo ambiente. Poco a poco fue viendo donde estaba.

Era una especie de habitación de aproximadamente tres metros cuadrados, había una cama, agua, una pequeña nevera, aire acondicionado. Todo parecía estar muy limpio, pero, no tenía ningún acceso hacia afuera, solo la puerta por la que entró, pero, estaba cerrada.

El miedo de la chica era tal que ni siquiera quería llorar, pues no sabía realmente qué era lo que pasaba, pero, parecía toda una especie de secuestro, lo que no entendía era que hacían esos hombres en el bar donde ella trabajaba y porque era la razón de darle más tiempo a su jefe.

La puerta se abrió y entró una mujer vestida de blanco con un tapa boca, parecía una enfermera. Le revisó los ojos con una linterna, la boca y los oídos, luego hizo que se levantara y se pusiera frente a una pared, sacó un móvil de su bolsillo y entonces le tomó un par de fotografías a África. Una de frente y

una de perfil.

La mujer entonces salió y no dijo ni una palabra.

El lugar era bastante frío y ya después de un tiempo ahí, tomó la sábana y se abrigó un poco, después de un rato ahí comenzó a pensar en su pequeña hermana y entonces comenzó a llorar sin compasión, así lo hizo hasta que se quedó dormida más que todo por cansancio.

Afuera el señor Marques hacía sus negocios.

Esta vez hablaba con un viejo amigo que se encargaba de comprar chicas para traficar, había un enorme mercado alrededor del mundo de hombres y mujeres que compraban jovencitas para hacer con ellas lo que más le pareciera. Algunos solo las usaban como esclavas sexuales y otros con mentes más retorcidas las compraban para experimentos o para satisfacer sus necesidades más dementes.

Lo cierto es que después que salían del “dueño primario” ellas pasaban a ser vendidas y en adelante eran responsabilidad de esa persona.

África sería una pieza que se cotizaría muy bien y Marques tenía a la persona indicada para eso.

— Javier, amigo mío. Espero estés bien.

— Marques, encantado en saludarte. ¿A qué debo tu llamada?

— Pues tengo una pieza por aquí de la que estoy seguro vas a estar interesado.

— ¿Una pieza? Sabes que mi fuerte no es la heroína.

— Lo sé, por eso en este instante te estoy enviando vía correo electrónico unas fotografías que quizás puedan ayudar a aclarar las cosas.

Marques escuchó cuando Javier le daba instrucciones a uno de sus hombres para que buscara los archivos en su computador.

— Vaya, vaya, vaya... La verdad me sorprendes, no sabía que estabas en el negocio.

— La verdad es que no lo estoy, esto es cuestión de una vez. Me pagaron así y la verdad no me interesa tenerla, creo que tú podrías conseguir un buen precio por esa mercancía.

— Conozco a un asiático que podría estar muy interesado. ¿Cuánto quieres por

ella?

— Haz el negocio y luego me dices que tal te fue. Ahí tendríamos una ganancia ambos.

— Me parece bien. Mañana mismo te contacto.

Esa noche no pasó nada, pero, se quedaron los dos hombres de Marques ahí y él se fue solo a casa, algo que no hacía desde hace muchos años.

Las órdenes estaban claras: no podían maltratarla, debían ofrecerle el baño para sus necesidades, incluso bañarse, se le compraría la ropa necesaria y además tendría comida siempre. Había que tratarla como lo que era.

A la mañana siguiente África despertó confundida y de hecho dio un respingo al momento de despertar. No recordaba nada de lo que había pasado, pero, eso duró solo un par de segundos hasta que se sentó y observó de nuevo la habitación.

Seguía sin saber qué era lo que sucedía.

En ese momento entró la misma mujer del día anterior, vestida de la misma manera, pero, ahora con una bandeja que colocó sobre la nevera. Se dio media vuelta y se fue.

La bandeja tenía comida y la verdad es que olía muy bien. África tenía unas cuantas horas sin comer y debía hacerlo para conservar las fuerzas, aunque en ese momento no tenía nada de hambre.

Se acercó a la bandeja y comió un poco de todo lo que había, pero, la verdad es que el miedo la tenía presa dentro de sí misma. Se llevó hasta la cama el jugo de naranja y entonces se volvió a arropar. Siguió pensando en que era lo que estaba pasando con ella.

¿Qué interés pueden tener en mí?

¿Qué quieren?

Las horas pasaron y hasta le cambiaron la comida, la llevaron al baño cuando lo pidió, solo que le tapaban la cabeza para que no viera la parte exterior del cuarto. Todo era muy extraño y cuando pedía alguna explicación no recibía ninguna respuesta.

África no tenía otra opción más que esperar.

A unos cinco kilómetros del lugar donde estaba África iban por la carretera Roberto quien no entendía realmente que era lo que iba a buscar a ese lugar.

La idea no le pareció para nada buena desde el momento en que supo que tendría que llevarle el paquete hasta las manos de Oropeza. Era un hombre completamente despreciable, sin escrúpulos, sin moral, sin sentimientos... Una verdadera plaga de la sociedad.

Durante todo el camino iba pensando en lo que estaba pasando y la verdad es que ya tenía días haciéndolo. Roberto se había desviado completamente de su camino inicial donde todo era bajo las leyes, donde era un buen hombre y muy honrado, pero, la necesidad lo llevó a salirse de sus lineamientos de vida y entonces, después de estar haciendo lo que hacía, comenzó a disfrutarlo.

Se había dado cuenta que se había cegado por el poder que tenía, sabía que todo giraba a su alrededor cuando se trataba de las peleas callejeras y que después era prácticamente la mano derecha de uno de los traficantes de droga más grandes del país. Se había dado cuenta que ya estaba completamente metido en eso y no podría salir de ahí muy fácil.

Pero, ¿acaso estaba llegando la hora en que él colgara los guantes?

El camino se hizo un poco irregular y entonces sabía que estaba a punto de llegar según las instrucciones de su jefe.

Vio un portón y entonces se detuvo frente a él.

Reconoció a uno de los hombres de Marques y este lo dejó pasar sin problemas, sabía que estaba ahí para llevarse a la chica.

Ya dentro otro de los hombres de su jefe lo atendió y al fondo había una mujer vestida de blanco que tenía el parecido a una enfermera o una doctora, no estaba seguro. Pensó que todo estaría más resguardado.

— ¿El jefe te dio las instrucciones?

— Solo me dijo que viniera a buscar un paquete y a quien debía entregárselo.

— Perfecto.

Los dos hombres siguieron caminando por el enorme lugar que parecía abandonado a simple vista, pero, estaba lejos de ser eso.

El hombre que lo acompañaba se detuvo frente a la puerta y entonces abrió dándole paso a Roberto quién se acercó lentamente. Desde ahí podía observar

una habitación muy iluminada y además una pequeña nevera, parecía que ese lugar estuviera fuera de contexto dentro de la gran construcción.

Entró y entonces la vio. África estaba sentada en la cama y aunque parecía tranquila en sus hermosos ojos verdes podía verse todo el miedo que sentía. Instintivamente ella se echó hacia atrás hasta que pegó la espalda de la pared.

Ninguno de los dos sabía qué hacer en ese instante. Roberto sintió como un escalofrío lo recorrió completamente y vio a la chica como una señal, no era justo que las cosas llegaran a esos extremos solo por codicia, por dinero. Se estaba jugando directamente con la vida de una chica inocente.

Trató de disimular y entonces salió de nuevo.

El hombre que lo acompañaba se extrañó de lo que pasó y entonces cerró la puerta y miró a Roberto.

— ¿Sucede algo?

— Solo quiero que estemos claros en algo, para que todo salga perfectamente. Ella no puede ir mirando el camino, así que sería bueno ponerle algo para evitar que reconozca cualquier cosa en la vía.

— Sí. Tenemos una bolsa de tela para eso.

— Me parece bien. Ahora, diles a todos que saldré con ella, no quiero ningún tipo de obstáculos para salir ni que estén vigilando muy de cerca para evitar que ella se ponga nerviosa.

— Entiendo, el señor Marques me dijo personalmente que hiciéramos todo lo que usted ordenara.

— Perfecto. Voy por ella.

Roberto respiró profundamente y sentía la mayor de las culpas en su corazón. Era como estar llevando a la oveja inocente a la cueva de los lobos, no saldría con vida de ahí jamás, pero, era su deber.

¿Realmente es tu deber?

África observó al gran hombre entrando en la sala con la bolsa negra en sus manos, ella sintió el miedo más grande del mundo, su corazón latía sin parar y entonces pasó algo que no esperaba.

— Voy a colocarte esta bolsa y nos iremos de aquí.

La voz del hombre irónicamente la tranquilizó, era al primero que escuchaba hablar desde que estaba ahí. Pero, había algo en su tono que la llenó de un sentimiento extraño, diferente.

El hombre le colocó la bolsa en la cabeza y entonces la invitó a levantarse y caminar. La estaba tratando como a una dama realmente no como a un producto.

La chica caminó con cautela, aunque ya se sabía ese camino cuando salía al baño.

Roberto la guió poco a poco y se dio cuenta que las cosas se habían hecho como él las pidió. Rápidamente llegaron al coche y entonces la subió en la parte de atrás.

— Por favor no te quites la bolsa de la cabeza en ningún momento.

Ella asintió con la cabeza y comenzó a llorar. Por su mente pasaron cualquier cantidad de cosas, incluyendo que estaba yendo al lugar donde moriría, Alondra apareció frente a ella, su imagen le rompió el corazón y pensaba que nunca más la volvería a ver.

El hombre se subió al coche y salieron de inmediato del lugar.

África sabía que era de día pues entraba más luz de lo normal a través de la tela. Sentía como el coche seguía sin parar.

Mientras conducía Roberto mira por el espejo retrovisor cada vez que podía y le costaba creer que estuviera haciendo eso. Se trataba de la vida de una chica inocente, todos los sabían, pero, aun así, querían venderla, llevarla al tráfico.

Su corazón estaba destrozado por dentro y sabía que él sería parte de todo eso, sabía que cualquier cosa que le hicieran, la culpa también recaería sobre él. Además, la chica era extraordinariamente hermosa y no era justo que estuviese pasando por algo así, no era justo en lo absoluto.

Su mente divagaba entre lo bueno y lo malo, pero, más que eso pensaba en lo correcto y lo incorrecto, eran los dos extremos de la vida. Si, era irónico que le pensara eso después de tanto tiempo de servirle al señor Marques, pero, siempre había tratado con hombres de su calaña, no con jovencitas inocentes que no tiene culpa de nada.

Entonces en ese momento supo que hacer. Quizá sería la última decisión que

tomaría en su vida, pero, sería la correcta.

Siguió entonces conduciendo hasta su destino sin salirse de la ruta.

Oropeza tenía unos almacenes a las afueras de la ciudad y era ahí a donde tenía que llevar a la chica. De hecho, lo estaban esperando y su tiempo estaba cronometrado, si las cosas se salían de ese tiempo iría a buscarlo y sabrían cómo encontrarlo.

Así que mantuvo la velocidad.

Escuchaba a la joven llorar y eso le partió el corazón, ella no tenía cómo defenderse y estaba sin salida.

Desde donde estaba podía ver los almacenes, faltaba poco para llegar y entonces tejió un plan que quizá podría funcionar.

Se detuvo por un momento y entonces sacó la llanta de repuesto de la parte de atrás del coche. Nadie más que él sabía dónde encontrar el GPS del automóvil pues era él quien los colocaba en todos los vehículos de Marques y sus trabajadores para no perderles la pista. Era un pequeño dispositivo de última generación que colocaban debajo del volante, cubierto de manera que nadie lo pudiera ver.

Así que lo sacó y lo pegó de la parte interna de la llanta con una roca para mantener la estabilidad. La echó a rodar colina abajo justo en dirección a la entrada del almacén de Oropeza. Eso le daría unos pocos minutos que tendría que aprovechar al máximo.

Así que dio la vuelta y tomó una calle alterna que lo llevaría a la frontera. Ya estado allí vería que es lo que haría.

Aceleró lo más que pudo y veía como dejaba atrás todo, se estaba arriesgando por una chica a la que ni siquiera conocía, pero por la que sintió algo que no era para nada normal. Quizá era culpa, o lástima o podrían ser las dos, pero, lo cierto es que sabía que estaba firmando su sentencia de muerte.

De eso estaba claro.

— Oye, chica. Puedes quitarte eso. Necesito que estés pendiente de todo lo que va a pasar.

África se quitó la bolsa de tela y entonces se tapó de la luz, ahora se sentía más nerviosa.

— ¿Qué sucede?

— No voy a permitir que esto siga su camino. Nos escaparemos.

Ella se asombró de lo que estaba escuchando. ¿Sería ese hombre el héroe que la sacaría de todo eso?

Más allá, la seguridad del almacén de Oropeza descubrió una llanta que chocó contra el portón y de inmediato se lo hicieron saber a su jefe.

La cacería había comenzado y sería sin tregua.

VII

Pasión y acción

— Necesito que confíes en mí. Tanto tú como yo vamos a intentar salir de esto para continuar con nuestras vidas de una mejor manera. ¿Entiendes?

África ahora estaba más confundida que nunca, pero, la verdad es que había comenzado a confiar en el hombre desde el momento que le habló en la habitación.

— Si, perfecto. ¿Pero, podría explicarme qué es lo que está sucediendo?

— Ya habrá tiempo para eso. Necesitamos irnos de aquí ya.

Ella salió del coche al mismo tiempo que lo hizo Roberto y entonces lo siguió. Al parecer corrían hacia la nada, pero, él estaba seguro de lo que estaba haciendo.

Más adelante consiguieron una vieja estación de servicios, era la última antes de salir del país, pero, unos años atrás se incendió por medio de un accidente, explotó dejando a seis personas muertas y nadie más quiso recuperarla.

La ventaja para ellos es que Roberto trabajó ahí durante su adolescencia y estaba rogando que su escondite favorito siguiera existiendo.

Llegaron a la estación y el hombre buscaba la manera de entrar por una de las puertas que habían sido clausuradas, pero, por más que lo intentó no lo logró. Así que intentó entrar por la parte de arriba.

Se subió al techo del lugar y entonces ayudó a la chica a subir con él. Buscó hasta encontrar una pequeña ventana y entraron por ahí, trató de no dañarla ni quebrarla para no dejar pistas.

Dentro ya se sentía como en casa, bajaron unas pequeñas escaleras y consiguieron la entrada al contenedor de gasolina.

— No debería haber gases dañinos ya que hace mucho tiempo que está vacío, pero, entraré primero para asegurarme de que sea así. Espera aquí.

África asintió.

Efectivamente no había ningún tipo de olor, así que la invitó a pasar.

La chica bajó, aunque seguía teniendo dudas del hombre, lo cual era lo más normal del mundo dado a todo lo que había estado pasando durante los últimos dos días.

— ¿Quién eres?

— Es una larga historia, pero, creo que hoy soy tu mejor amigo.

— ¿Estás ayudándome?

— Así es. Como te dije tienes que confiar en mí.

África estaba arrinconada con los brazos cruzados. Seguía estando muy nerviosa.

Roberto se acercó lo más que pudo y le habló susurrante al oído.

— Ahora debemos estar en silencio todo el tiempo que podamos. Lo más lógico es que después de que consigan el coche vengan hasta aquí a buscarnos. Es el lugar más fácil para ocultarse, pero, hasta aquí abajo no podrán llegar, eso te lo aseguro, estamos seguros. Solo debemos tener paciencia.

La chica sintió todo el aroma del hombre, era un aroma muy masculino y la verdad es que la ayudó a pensar en otra cosa durante unos segundos. Lo miró durante un rato mientras se alejaba a la otra esquina.

Casi una hora más tarde seguían ahí. Ya debían estar buscándolos, Roberto estaba seguro de eso, pero, no había escuchado nada. Lo ideal sería salir de ahí de noche, cuando todo estuviese oscuro y tuvieran más facilidad para caminar.

Pero, mientras más tiempo pasaban ahí más calor y parecía que el oxígeno se acababa, pero, asomarse antes de que cayera el sol, sería arriesgarse mucho, debían esperar ahí hasta que fuese más seguro.

El calor era insoportable, estaban sudando como nunca antes lo habían hecho, entonces Roberto se quitó el saco del traje y lo dejó a un lado.

Desde su esquina África veía al hombre y no se explicaba la razón por la cual se estaba arriesgando por ella, pero, la verdad es que, si salían de ahí con vida, se lo agradecería por siempre. Se sentía agradecida con él por tan solo intentar ayudarla, por no ser igual que los demás.

Pero, no era solo agradecimiento lo que ella tenía en su corazón, más allá de eso cuando estuvo más calmada podía observar, con la poca luz que había, que

el hombre tenía algo más que le llamaba la atención, quizá era su gran porte masculino y todo lo que significaba eso.

— Me llamo África.

La chica susurró y a pesar de eso se escuchó como un estruendo dentro de ese contenedor.

— Soy Roberto.

Entonces él la vio sonreír por primera vez. Fue algo que le quedó en la mente por un largo rato, era lo más hermoso que había visto en mucho tiempo. Roberto trató de concentrarse de nuevo en lo que hacía, espera escuchar algún ruido.

Pero, seguía pasando las horas y ahora nada se veía. Todo estaba totalmente oscuro, así que él decidió salir y ver si alguien merodeaba la zona.

Solo se escuchaba el sonido del viento. Afuera no había nadie y al final del horizonte solo se observaban las luces de la frontera. Era una opción, pero, la verdad sería complicarse mucho la vida, así que buscaría la manera de hacer las cosas de otra forma.

Descubrió que a pesar de que no escuchó nada si hubo alguien por los senderos y lo supo por las marcas de los cauchos que quedaron en la arena. Entonces miró de nuevo a los lados, pero, estaba seguro que no había ni un alma por ahí, la luna estaba plena y ayudaba a mirar un poco.

Era momento de moverse. Se devolvió a buscar a la chica.

— Vamos, África, tengo un lugar al que podemos ir con tranquilidad.

La chica entonces comenzó a ver a Roberto de otra manera. Era un hombre atractivo, de eso no había dudas, pero, además ella se sentía protegida a su lado, era como si nada le fuese pasar jamás.

Pero, sin que nadie lo supiera, Roberto había hecho todo esto porque desde que la vio por primera vez en la habitación sintió como todos los remordimientos y las culpas que tenía por dentro se juntaron en un solo punto, es como si la chica lo hubiese exorcizado solo con la mirada.

¿Pero había sido la belleza de la chica un catalizador inmediato?

Caminaron durante una hora hasta que consiguieron un pequeño motel donde normalmente dormían camioneros y personas encargadas de pasar productos

por la frontera. Pasaría la noche ahí y luego al día siguiente seguirían, la meta de Roberto era salir de la ciudad y después buscar a donde ir.

África se quedó en una silla cerca de la recepción esperando a que Roberto consiguiera una habitación.

— Bien, solo le quedan habitaciones con camas dobles, así que no tuve más opción.

Ella estuvo de acuerdo. Realmente todo lo que salía de la boca del hombre parecía sagrado para África, no pensaba que habrían llegado tan lejos para nada, así que subieron.

La habitación no estaba para nada mal y la verdad es que además de ser grande tenía un balcón y la vista era un poco agradable, aunque no se veía más que árboles y montañas. Todo estaba bien.

África moría por meterse a la ducha, así que lo hizo apenas llegaron. Eso les dio tiempo de pensar cada uno por su lado.

La chica sentía como su cuerpo se estremecía por dentro cada vez que pensaba por lo que estaba pasando, era como si se tratara de una película en la que ella no quería estar, nada de eso le parecía real, pero, lamentablemente sí lo era.

La chica dejaba que el agua recorriera su cuerpo, eso la relajaba completamente y por alguna razón en ese momento pensó en Roberto, al parecer era un hombre caído del cielo, pero, de igual manera trabajaba con esas personas, tenía que saber exactamente el papel que ella jugaba en todo esto.

Solo que ahora tenía una inquietud más grande, algo que le taladraba la mente desde el que salió corriendo del coche.

Por su parte Roberto estaba sentado en la cama y descansaba un poco. Sabía que se había metido en un gran problema y la única salida era escapar lo más lejos posible y eventualmente irse del país. Su antiguo jefe lo buscaría hasta encontrarlo y asesinarlo, la traición era algo que no perdonaría nunca.

Pero, tenía la ventaja de haber sido su mano derecha durante varios años y sabía más o menos la manera en que iba a actuar para buscarlos, por lo momentos tenía la ventaja y debía aprovechar estos pocos pasos que le llevaba adelante.

Estaba ahí por una razón principal y era por estar arrepentido de todo lo que había hecho, sentía que había despertado de un sueño en el momento en que vio a África en esa habitación, ya llegar a eso era demasiado, no podía participar en una operación tan atroz, así que la única manera de evitarlo era escapando con la chica.

El gran “Montaña” estaba buscando la manera de redimir sus pecados por medio de esta acción, pero, sabía muy en el fondo que había algo más y las circunstancias le darían la prueba de eso.

La chica salió en ese momento con una toalla enrollada desde el pecho y le daba hasta la mitad de los muslos. Con otra se secaba el cabello.

El color de la piel de África era algo encantador, algo que normalmente no se veía. Era como un lienzo de chocolate, uniforme, denso, hermoso. Podía imaginar lo que había debajo de todo eso.

El hombre se había dejado llevar por su imaginación y entonces cayó en cuenta de todo.

— Voy por algo de comida. África. ¿Quieres algo en particular?

Ella se sorprendió cuando escuchó la voz del hombre.

— No, nada en particular. Con lo que traigas estará bien.

Entonces ella lo vio salir y sintió algo que no podía explicar. Era algo muy extraño.

Roberto se detuvo apenas cerró la puerta de la habitación y trató de calmarse. Respiró profundamente y entonces bajó a la recepción.

Sin dudas que África se había sentido atraída por él, era algo que no podía explicar en ese momento, pero, la verdad es que era así. Su cuerpo lo deseaba y en ese momento imaginaba que había debajo de toda esa ropa que tenía.

Sabía que todo lo que sentía tenía con ver con el hecho de que él estuviera arriesgando su vida para salvar la de ella, con el hecho de que sentía una atracción por ese hombre que la estaba protegiendo, que la salvaría, que la arroparía con sus brazos y...

La chica sacudió la cabeza en ese momento.

¿Era posible que su deseo por el hombre la hiciera olvidar todo lo que estaba pasando?

¿Sería justo para ella dejarse llevar por esas ganas?

Las cosas se estaban saliendo de control, pero, África debía contenerse, así que se vistió de inmediato antes de que él llegara.

Roberto subió con algunos sándwiches preparados y una gaseosa, fue lo mejor que consiguió.

La cena fue una poco callada, pero, llegó el momento de la pregunta más importante.

— ¿Qué necesitan de mí esas personas?

África se veía muy dócil después de hacer esa pregunta, el hombre no sabía si decirle la verdad la destruiría por completo y eso era lo que menos necesitaba, pues quería que la chica siguiera con fuerza para que al día siguiente pudieran salir de ahí.

— La verdad es que con ellos nunca se sabe, África. Prefiero no imaginarlo siquiera, es mejor dejar las cosas así, lo importante es que ahora tenemos la oportunidad de salir de todo esto.

Ella no quedó conforme con eso, pero, quizá era mejor dejar de indagar.

Roberto se levantó de la cama y entonces sin pensarlo se quitó la camisa para entrar a bañarse, pero, eso lo único que hizo fue disparar las ganas y el deseo que tenía África por el hombre. Ver el torso desnudo de él fue grandioso.

Todo era mejor de lo que había imaginado y sentía la necesidad de tocar todo aquello que estaba viendo, quizá era su escape de todo ese sufrimiento por el que pasaba.

El hombre se metió a la ducha y ella notó que no puso el seguro a la puerta, no sabía si era una señal o si era casualidad, lo cierto es que podía entrar si así lo quisiera. Y claro que lo quería solo que no sabía si se atrevería, así que encendió el televisor para tratar de distraerse.

El agua comenzó a correr y ella imaginó que, en ese mismo instante, él estaba completamente desnudo en ese baño. Su mente estaba haciendo de las suyas.

África estaba segura de lo que sentía solo que estaba muy asustada para aceptarlo, tenía el corazón confundido de tantas cosas que estaban pasando, pero en lo más profundo de su ser se levantaba el deseo de tenerlo, de que la hiciera suya, era algo que no podía evitar pensar, era algo que su alma

necesitaba.

Por momentos sentía las manos del hombre sobre su piel, recordaba su aroma, su masculinidad y por supuesto su heroísmo, su manera de hacer las cosas para cuidarla. África sabía que no era el momento para pensar en esas cosas, pero, la verdad es que ella sintió esa espontánea necesidad sin saber la razón real.

Solo había una manera de averiguar las cosas, además, quizá al día siguiente a esa misma hora estaría muerta o pintando las cosas de manera menos trágica, probablemente esta sería la única oportunidad que tendría.

Sí, era la primera vez que sentía algo así y no le importaba las razones, en ese momento sintió la necesidad de vivir la vida al máximo sin importar nada.

La chica se levantó, se quitó la ropa y entró en el baño sin hacer mucho ruido.

Podía ver la silueta del hombre a través de la cortina, él no se imaginaba que la chica estaba a punto de entrar en la ducha, ella lo tomaría por sorpresa.

Caminó directo hacia allá, pero, se detuvo por un momento pensando en que eso cambiaría las cosas por completo, que estaba a un paso de hacer la locura más grande que había hecho en su vida, pero, también pensó que por alguna razón el destino los había llevados hasta ese lugar, los había hecho encontrarse y sentir eso que jamás había sentido.

África tomó un respiro y entonces movió la cortina a un lado.

Por supuesto Roberto se sorprendió de lo que estaba pasando, pero, su mente si nubló cuando vio los enormes senos de África que parecían esculpidos a la perfección, casi de inmediato sintió como una erección entraba en acción y esa fue la señal para la chica que terminó de entrar a la ducha y se acercó al musculoso hombre.

Ella inmediatamente pasó sus manos por los abdominales del hombre como si tuviera que convencerse a sí misma que no era un sueño, que todo lo que tenía frente a ella era real. Sus manos y su mirada recorrían el cuerpo de Roberto y se sintió completamente perdida dentro de ese deseo que era casi absurdo.

Afuera siguen buscándolos en los sitios equivocados, pero, ellos se habían escondido de forma inteligente, nadie pensaría que se alojarán en un motel como cualquier persona, era lo menos que se imaginaban.

VIII

Decisiones finales

La verdad es que Roberto no sabía cómo reaccionar ante la escurridiza chica que terminó metiéndose en el baño con él. Tenerla frente a él era algo que no se había imaginado jamás, si sentía atracción por ella, pero, tomando en cuenta el momento por el que estaban pasando, no pensaría en buscarla de esa manera.

Pero, fue ella la que dio el primer paso, y ahora estaba tocándolo y diciéndole con la mirada todo lo que lo deseaba. Esos ojos verdes hablaban muy claramente, sus corazones estaban enlazados y sus almas también, definitivamente debían estar ahí a pesar de las razones.

Los senos de África ahora rozaban su abdomen y sus manos estaban en la espalda de ella, por ahora solo importaba que estaban juntos y solo quedaba tiempo para disfrutar el momento, ya la tenía en su poder, era hora de hacerla suya.

Un beso terminó de romper el hielo entre ellos y sintieron una conexión única e inigualable. Ahora recorrían cada parte de sus cuerpos sin parar, pero, los nervios volvieron a atacar, pero, esta vez de manera diferente.

Roberto volteó a África y entonces la miró con detalle, el color de su piel ahora se tornaba más único y sensual, podía ver como las gotas de agua se deslizaban por su espalda y su primer impulso fue besarla acariciando sus senos desde ahí.

Se acercó a ella con cautela y entonces África sintió como el enorme pene de su salvador se posaba entre sus nalgas y poco a poco lo colocó justo entre los labios de su vagina. Él tomó su glande y comenzó a pasearlo por la zona manteniéndose enfocado en el clítoris lo que hacía que cada roce de él se convirtiera en la sensación más extraordinaria del mundo.

Ella se apoyaba de la pared y notaba los mosaicos que tenía frente a sus ojos, pero, su imaginación la hacía ver muchas otras cosas.

La chica comenzaba a mojarse muchísimo y sin dudas estaba deseando que de una vez por todas él entrara, que la hiciera sentir todo lo que estaba imaginando, pero las cosas iban poco a poco para mantener el ambiente.

El glande seguía acariciando la vagina sin pasar y todo eso era combinado con besos en la espalda y con caricias con la mano que Roberto tenía libre. Era un mar de sensaciones, algo que la chica estaba experimentando por primera vez.

Entonces sintió una pequeña presión que la hizo estremecerse, el dolor era parte de todo eso, lo sabía, pero, en ese instante se volvió como una especie de acelerador de placer, pues le encantaba sentirlo. Su vagina se abría conforme el pene iba entrando. Roberto sentía como los labios abrazaban con fuerza el miembro y entonces se dio cuenta.

Estaba dándole su primera vez a esa hermosa chica, era por eso que la querían tanto, quizá, así costaría mucho más en el mercado, por eso era la doctora que tenían en el lugar donde la consiguió.

África trataba de mantenerse relajada, pero, la verdad es que sentía miedo porque ya había visto el tamaño de la bestia que estaba penetrándola, aunque lo hacía con delicadeza. Ella cerró sus puños mientras aguantaba el placentero dolor.

Entró un poco más de la mitad y entonces comenzaron los movimientos frecuentes, cada vez que entraba ella se sentía de manera más placentera, no había nada mejor.

Roberto iba poco a poco, pero, sabía que ella lo estaba disfrutando al máximo.

Estaban completamente unidos por el deseo, no podían creer que se habían conocido solo unas horas antes y que ahora estuvieran haciéndolo. Probablemente la adrenalina y todas las cosas que pasaban por su mente aceleraron las ganas que tenían y ahora la dejaban salir de esa manera.

Las penetraciones no paraban y poco a poco África necesitaba más.

Los gemidos fueron mucho más que espontáneos y ni siquiera se había dado cuenta que los estaba haciendo, las cosas iban tomando su ritmo.

Desde su posición Roberto se deleitaba con el magnífico cuerpo de la chica y sentía la necesidad de penetrarla por completo, cuando estaba excitado se convertía en otra persona.

La tomó por la cintura y la hizo inclinarse un poco más para tener mejor ángulo, así que ella se dejó llevar. El pene entró por completo y África soltó un grito que se transformó en un alarido muy fuerte, la chica no podía creer que ya la penetración había sido completa, el dolor era alucinante y excitante.

Entonces ya no había marcha atrás ella abrió más sus piernas y se preparó para lo que venía.

El hombre entonces se acomodó y comenzó a penetrarla sin parar y con una frecuencia mayor, el choque de sus cuerpos era un poco violento, pero, para ella era lo mejor del mundo, su mente estaba volando lo más lejos que podía y nada le preocupaba en ese momento.

El agua seguía cayendo sobre ellos y refrescaba sus cuerpos del tan candente momento, ahora cuando las cosas se ponían mejores, Roberto paró por un momento y la volteó para ponerla frente a él, la besó brevemente, le levantó una pierna y entonces embistió de nuevo, ella no lo podía creer, se sentía como una marioneta.

La marioneta sexual de un musculoso héroe.

Así sentía como cada vez que la pelvis del hombre la tocaba, rozaba el clítoris, eran dos sensaciones en una.

Los senos saltaban con los movimientos, África ahora sentía los fríos azulejos en su espalda y tenía los ojos muy abiertos viendo exactamente lo que pasaba, los gemidos no paraban y eran cada vez más altos.

— ¡Oh, Roberto!

Las súplicas de la chica lo que hacían eran llenar de combustible al hombre que la follaba con más ganas, era algo que no podía evitar, escucharla era lo mejor.

Pero, era momento de salir de ahí, así que con mucha facilidad la levantó por las nalgas y la llevó hasta la cama donde la dejó caer mientras el agua seguía escurriendo de sus cuerpos. Tomó a la chica con algo de brusquedad y la volteó dejándola apoyada en sus dos manos y rodillas.

África, sin tomar un respiro, sintió de nuevo como el hombre entraba completamente en ella y ahora todo se sentía con más facilidad, la chica estaba inmersa en una mar de emociones y sensaciones que jamás habría imaginado. Ni en sus mejores sueños.

Roberto la deseaba más a cada momento, él la estaba conociendo completamente, eran sus curvas lo que lo volvía loco, era el color de su piel, sus gemidos, sus súplicas. La chica era perfecta y más que eso lo había cautivado con su inocencia.

Ahora estaba haciendo a una mujer, la estaba follando con todas sus fuerzas y disfrutándolo como nunca antes, ella era especial, era por eso quizá que estaba arriesgando su vida.

Una nalgada sin mucha fuerza aterrizó en el trasero de África y la hizo estremecerse completamente y de inmediato pidió más.

— Eso me encantó. Hazlo con más fuerza.

Sus palabras eran órdenes.

Una y otra nalgada, todo eso terminaba de hacer la combinación perfecta, el ardor en su piel se matizaba con el roce del pene entre sus labios vaginales, pero, entonces él sacó un as bajo la manga.

Pasó su mano por delante de la chica sin dejar de penetrarla y entonces encontró el clitoris que pedía a gritos que lo tomaran en cuenta y en ese momento, África no podía creer lo que estaba experimentando, todo su cuerpo estaba deseoso de saber cómo terminaría aquello.

Ella tomó un de las almohadas y entonces la mordió con fuerza tratando de mitigar un poco las sensaciones, era una manera de expresarse y de drenar algo para no gritar con todas las ganas del mundo.

Comenzaba a formarse algo dentro de ella, sabía que venía algo grande algo que no era para nada común, pero, lo mantuvo todo el tiempo que pudo. Su piel se erizó y se enrojeció, se aferró de las sábanas con fuerza y contuvo la respiración por unos segundos.

Entonces se dejó llevar por esa ola de placer que necesitaba salir, la dejó fluir explotando en un placer increíble, su mente se puso en blanco por un momento y la trasladó hasta el espacio exterior, sentía que volaba por el cielo más lejano y que nunca más volvería a pisar la tierra.

Sus gemidos eran imparables y salían uno detrás del otro, Roberto no paraba de penetrarla y ella ya no tenía más fuerza, su corazón estaba a punto de estallar. La chica estaba en su mejor momento sin dudas.

África estaba fuera de sí, y su cuerpo se dejó caer sobre la cama sin poder moverse, sus piernas temblaban y además respiraba entrecortado. Su piel se erizó por completo y su mente seguía en otra dimensión.

Pero, las cosas no habían terminado, pocos segundos después sintió como su

hombre se descargaba sobre ella dejándole caer todo el caliente semen en su espalda.

Las sensaciones eran únicas y ella se dejó llevar por todo lo que su cuerpo le daba en ese momento, África se había convertido en una mujer justo cuando estaba pasando por el peor momento de su vida, pero, así son las cosas, las oportunidades hay que tomarlas.

Los amantes quedaron tendidos en la cama uno al lado del otro, sabiendo que era la mejor experiencia que habían tenido.

En ese momento nada importaba, para ellos solo estaba la celebración de lo que había pasado.

Se tomaron de la mano como firmando aquel encuentro con algo más que sexo, había una empatía entre ellos que les tomaría mucho tiempo descifrar completamente, lo cierto es que gracias a la disposición de la chica para hacer las cosas es que todo se había concretado.

Ella se durmió, pero, Roberto sabía que las cosas para él no serían tan fáciles, así que se colocó el pantalón, buscó su arma y se sentó en el balcón a esperar que amaneciera, de hecho, tendrían que salir del motel antes de que el sol se asomara por el horizonte.

Por momentos miraba a África mientras dormía y le costaba creer que las cosas sucedieran de esa manera, desde ahí podía admirar el espectacular cuerpo de la chica. Era más que perfecto y ahora lo deseaba más que nunca.

La noche estaba tranquila y el cielo despejado, se podía ver algunas estrellas y eso mantuvo entretenido a Roberto. Las horas pasaban muy lento y el hombre seguía atento de cualquier situación. Nada pasaba, no había ni un ruido en todo el motel y sus alrededores, pero, las cosas cambiarían muy pronto.

Un coche entró en el estacionamiento del motel y eso le llamó la atención, normalmente nadie llegaba a esa hora, pero, su sorpresa fue darse cuenta de quienes se estaban bajando del vehículo, así que de inmediato entró a la habitación, chequeó la hora y despertó a África.

— ¡África, despierta! Debemos irnos enseguida.

La chica que se despertó un poco desconcertada trató de vestirse lo más rápido que pudo, miró la hora y eran casi las 4:30 a.m. así que había dormido alrededor de cinco horas. Pero, ahora solo importaba salir de ahí.

Roberto volvió a donde estaba la chica después de chequear que la puerta estuviera bien cerrada y de recoger su camisa la que se colocó de inmediato.

— Vinieron por nosotros. Pensé que no nos buscarían hasta mañana, pero, me equivoqué. Tendremos que salir por el balcón ahora mismo.

— ¿Por el balcón?

— Sí, vamos. Sé cómo lo haremos. Trata de no hacer ruido.

Ambos se treparon a las rejas y entonces Roberto se soltó cayendo sobre un pequeño jardín que aplacó un poco su impacto. Ella seguía unos cuatro metros de altura y no tenía otra opción de confiar en las señas del hombre que la impulsaba a que se lanzara.

Cerró los ojos y con el corazón a punto de salirse de su pecho, se soltó justo cuando tumbaban la puerta y entraban en la habitación.

Roberto se dejó caer para amortiguar el peso de la chica, se levantaron de inmediato y salieron corriendo, pero las cosas se ponían mucho peor cuando observó que no solo era un coche el que había llegado al motel.,

Ambos se dieron cuenta de la situación y se quedaron recostados de un muro que los cubría por el momento. Sus pensamientos debían ser rápidos.

África sentía que ya no había escapatoria y se sintió un poco desesperada, pero, por otro lado, Roberto estaba analizando la situación, él sabía la clase de hombres que estaban al servicio de Marques y Oropeza.

El camión de la basura estaba entrando por la parte de atrás del motel y Roberto supo que solo uno podía escapar ahí y por supuesto sería África, entonces se acercó a ella para explicarle.

— Esto es lo que pasará. ¿Ves al camión de la basura que está entrando?

— Sí, claro.

— Estarán aquí solo unos minutos mientras recogen todos los contenedores que hay en el motel, así que yo correré a mi izquierda y trataré de distraerlos mientras tú te escurres entre las plantas y te metes en uno de los contenedores. La ventaja es que estos camiones no compactan la basura, así que solo debes cubrirte cuando te viertan dentro. ¿Entiendes?

Pero, la chica antes de responder miró fijamente a los ojos al hombre. El seguía arriesgando su vida para salvar la de ella, él seguía siendo un héroe y

lo peor es que no sabía la verdadera razón, pero, estaba segura que había algo del mismo sentimiento compartido.

— África, ¿entiendes? No tenemos mucho tiempo y es la única oportunidad que tenemos.

Si, ella había entendido que al momento en que él saliera corriendo las balas irían directamente a Roberto, ella se salvaría, pero, estaría el resto de sus días pensando en todo eso, en que no hizo nada por el hombre que dio todo por ella en un día, que la hizo mujer y que le enseñó que hasta dentro de los peores momentos había cosas buenas.

Jamás tendría otra experiencia como esa y si había comenzado todo esto, lo terminarían juntos o seguirían juntos, pero, no podía ser tan egoísta y cobarde como para lanzarlo a él a una muerte segura, solo para que ella siguiera viviendo.

— Sí, entendí, pero, iré a donde tú vayas. Estaré a tu lado hasta el final.

Roberto estaba completamente desconcertado con la respuesta de la chica, pero, ella parecía convencida de lo que decía, entonces se acercó a él y lo besó con pasión.

— ¿Tienes otro plan?

— Sí, pero tiene menos posibilidades de éxito.

— Pero, si existe la manera entonces hagámoslo.

Él sonrió al ver la clase de chica que tenía al lado. Quizá con ella en su vida mucho antes las cosas habrían tomado otro rumbo, pero, la tenía ahora y era el momento preciso.

— El coche de los que están en la habitación está solo y encendido, podemos intentar llegar hasta allá mientras disperso a los otros dos con el cargador que tengo en mi arma, pero es solo una oportunidad la que tenemos.

— Entonces aprovechemos el tiempo.

Ahora el beso fue mutuo. En adelante el destino se encargaría del resto.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestros lectores.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis
recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer
:)*

www.extasiseditorial.com/unete
www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo – Laura Lago

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo

(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo

inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.